

# Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO

AÑO II.

JUEVES, 28 DE FEBRERO DE 1861.

NÚM. 4.

## SUMARIO.

*Crónica general.*—De los almacenes públicos ó depósitos mercantiles, por D. J. B. de B.—Las máquinas, por D. J. B. Cantero.—¿Pueden los gobiernos disponer de los bienes de la Iglesia? por D. Ricardo Chacon.—La pintura en España durante el reinado de Felipe IV.—Estudios sobre la Fábula, por D. Miguel Agustín Príncipe.—Bálsamo de las penas, por doña Ángela Grassi.

## CRÓNICA GENERAL.

### I.

Casi todo el número necesitaríamos si hubiéramos de dar una idea exacta de los sucesos parlamentarios de la quincena; tan importantes han sido las cuestiones que se han ventilado en una y otra Cámara, y tantos los incidentes que en la popular han surgido.

Comenzaron en esta los debates por el suscitado por una segunda proposición sobre el asunto de la reforma constitucional medio hecha por el último ministerio moderado. Habiéndose negado las secciones á dar el pase á la primera, su autor supo salir adelante con su intento, presentándola bajo la forma de una escitación al gobierno para que derogase la parte consumada de la reforma.

No difícil, sino imposible, era que el ministerio justificase su estraña conducta en el asunto, y así el ministro de la Gobernación, no tan solo no logró desvanecer los fundados cargos del autor de la proposición, que no concebía que las cosas continuasen mas tiempo en el estado que tienen, porque si el gobierno aprueba la reforma comenzada, debe terminarla, y si la desaprueba concluir con ella desde luego pero ni aun dar á entender que el gabinete tenía formado propósito y idea fija sobre la tal reforma.

En su sentir no había podido aun ocuparse de ella, en primer lugar porque no corría prisa, y en segundo, porque lo que urge es arreglar la hacienda, luego la administración, y en último término, la política. Por otra parte, para arreglar asuntos de esa clase es necesario épocas de tranquilidad, según decía, y sin que esto fuera obstáculo para que repitiese que el país estaba tranquilo, que en toda España reinaba el mayor orden, que no había que temer que se alterase este y otras cosas por el estilo.

Como era de esperar, la mayoría quedó convencida y la proposición fué desechada en el acto.

Pero aun hubo otra cosa mas curiosa que este convencimiento, y fué la conducta de la minoría moderada. Aquellos diputados que, ó pertenecieron al gabinete reformador ó lo apoyaron y consintieron la reforma,

votaron en favor de la proposición, ó, lo que es lo mismo, en pró de los que pretendían la inmediata derogación de la reforma.

Una noticia que escitó en alto grado y con sobrado motivo la atención pública, y que antes que ningún periódico publicó en su *diario*, por vía de suplemento, LA CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, suscitó la discusión que siguió á esta. Deseosa la Cámara de conocer el modo de pensar del gobierno, acerca de la conducta de nuestro embajador en Méjico, y del proceder del nuevo gobierno de aquella república, que le mandó salir del territorio mejicano con todo el personal de la embajada y en un breve plazo, tan luego como consiguió instalarse, formuló uno de sus miembros una pregunta sobre ello.

El ministro de Estado logró eludir el debate, alegando que nada se sabía de un modo oficial; pero no dejó de dar algunas esplicaciones sobre el enigmático estado de las negociaciones pendientes con Venezuela y otras repúblicas de la América del Sur, que con ocasión de lo sucedido en Méjico, le fueron exigidas.

Estrechado nuevamente pocos días despues, manifestó del modo mas esplicito y terminante, que la noticia dada por la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS era cierta en todas sus partes; que Juárez había espulsado al señor Pacheco, y que este venía ya camino de España, en compañía de todo el personal de su azarosa embajada. Persuadido de que el Sr. Pacheco había tenido mas culpa que Juárez, y no atreviéndose á confesar que las instrucciones que le dió al enviarlo á Méjico, eran la causa de todo lo que había pasado, creyó oportuno dejar al ex-embajador la responsabilidad del suceso y salir del paso, declarando que si no se había apartado de sus recomendaciones, no podía creer que hubiera sido provocador del conflicto.

Seguió á aquella pregunta otra sobre el estado en que se encontraba el proyecto de ley de imprenta, de que tanto hablan los amigos del gobierno, y que cada día está mas lejos de ser puesto á discusión. Los individuos de la comisión manifestaron que esta tenía casi terminados los trabajos, y el Congreso quedó casi convencido de que los terminaría en breve.

Una esposición de varios vecinos de Barcelona en solicitud de que se reforme la ley de inquilinatos, dió despues ocasión á un amplísimo y luminoso debate sobre el asunto, y del que, ya que no otra cosa, resultó una unánime censura de la ley, y en evidencia la apremiante necesidad de sustituirla por otra que, atendiendo por igual á los intereses de los propietarios y de los inquilinos, no pueda considerarse como hecha en favor



de una de estas dos clases tan solo, cual sucede á la actual.

Al de Méjico debia seguir otro descalabro, y al que el gobierno sufrió á consecuencia de aquel uno parecido. En un momento de entusiasmo, tuvieron los napolitanos el mal gusto de apedrear la casa de nuestro cónsul; y como al hacerlo profiriesen denuestos contra el embajador de España, cerca de Francisco II, habia motivo para atribuir gran parte de la culpa de lo ocurrido á la conducta de este embajador, y al gobierno, que aprobaba, que atrayéndose la animosidad de los italianos, hiciese participar á España de ella. Preguntado el ministerio sobre esto, juzgó oportuno huir el cuerpo, y se limitó á contestar que no se sabia aun nada de un modo oficial.

Escrito estaba, sin embargo, que no habia de ganar para sustos el ministro de Estado, y apenas repuesto de este, lo cogió el Congreso en un nuevo renuncio. El gobierno se ha propuesto, al parecer, declararse partidario del poder temporal del Papa en la cuestion italiana; pero el Sr. Calderon Collantes, obrando por su cuenta, dió la razon, en cuanto en contra de los derechos y de los intereses del Padre Santo le manifestó en cierta ocasion á el embajador francés. Muy satisfecho este, y creyendo, y con razon, que la conducta del ministro envolvía una declaracion del modo de sentir del gobierno, lo puso en noticia del gobierno de las Tullerías. Publicada poco tiempo hace la comunicacion en que lo dijo, quedó el señor ministro en descubierto, y las oposiciones obligadas á sacar de ello partido.

Pero como, segun es sabido, S. E. no es hombre que se ahoga en poca agua, viéndose sorprendido *in fraganti*, echó mano de un recurso tan desesperado como inconveniente; decir que no era cierto lo que el embajador contaba á su gobierno. S. E. se libró así de las oposiciones; pero no del ridículo, ni tampoco del resentimiento de Mr. Barrot y del gabinete de las Tullerías, si ha de juzgarse por las manifestaciones hechas con ocasion de ello por el príncipe Napoleon en el Senado del vecino imperio.

Alternando con estos incidentes se ha discutido, y continua aun discutiéndose, la ley de gobierno de las provincias. Necesario era que la sancion que dá á los principios retrógrados, introdugese la discordia en una situacion compuesta de la mezcla de moderados y progresistas. Así que se han presentado un sinnúmero de enmiendas, mas ó menos acertadas, á varios de sus artículos, y muy especialmente al que faculta á los gobernadores para nombrar subdelegados en las provincias; y no han parado en ello las disidencias. Gran número de esos diputados, que hasta ahora habian venido votando ciegamente con el ministerio, y que jamás se habian atrevido á tener opinion propia, se emanciparon repentina y heroicamente, poniendo al gobierno en dos ocasiones á pique de sufrir merecidísimas derrotas. En una de ellas triunfó tan solo por 96 votos contra 69, y en la otra, por 98 contra 73, cosa no vista desde que están reunidas las actuales Córtes.

Envalentonados con ello los disidentes, que quisieron purificar la situacion del elemento escesivamente retrógrado que la viene dominando, y acudiendo los rese-

llados á su representante en el gobierno, el ministro de Marina, tentaron el medio de ponerlo frente á frente delde la Gobernacion, jefe de los conservadores, y que promoviese una modificacion ministerial.

No tenian del todo mal arreglado su plan de batalla, y contaban con probabilidades de éxito, pero su representante tuvo por conveniente mostrar mas apego á la cartera que á los intereses resellados, y recogiendo velas, cuando menos era de esperar, firmó las paces con el ministro de la Gobernacion y hasta con el proyecto de ley de gobierno de las provincias.

En su consecuencia no tuvieron mas remedio que volver al seno de la mayoría, pero con ciertas reminiscencias de insurreccion, y ciertos propósitos de exigir concesiones, que han hecho que el gobierno admita varias de las enmiendas que habian presentado para consignar la diferencia que habia entre su modo de sentir y el de este.

La discusion sigue ofreciendo curiosas peripecias, y es creible que continúe justificando que ha comenzado ya la descomposicion de la union liberal, y que está á punto de desaparecer por completo el vínculo que existia entre los progresistas resellados y los moderados medianamente liberales.

Una de aquellas tempestades parlamentarias que tanto daño hacen á la causa de los gobiernos representativos, hubo en este debate. Dejándose arrebatarse el señor presidente del Consejo de ministros de la fuerza de su casi siempre desatentada improvisacion, calificó á los progresistas de revolucionarios, y aun segun pretendian los individuos de la minoría del progreso, y otros que no lo son, de algo mas y menos disculpable. Indignados aquellos pidieron que se escribieran las palabras del señor presidente del Consejo; la mayoría aumentó con su proverbial desacierto el tumulto; cruzáronse apóstrofes, se multiplicaron las recriminaciones, y á no ser por la habilidad que en el desempeño del difícil cargo de presidente, desplegó el gobernador civil, que ocupaba la silla presidencial, hubiera terminado la sesion en que esto sucedió del modo mas deplorablemente borrascoso de que hacen mérito los fastos parlamentarios.

El Senado discutió y aprobó en primer término el proyecto de ley que autoriza la construccion de una via férrea que ponga en comunicacion á Santiago con el puerto del Carril.

Un asunto privado y poco menos que casero, fué despues objeto de debate. Despechado cierto senador, porque en una querella que presentó contra un periódico de esta corte que, en su sentir, lo habia injuriado, ha llevado la peor parte y ha sido absuelto el editor responsable de la publicacion; quiso convertir á la alta Cámara en tribunal de apelacion de un negocio fallado por los tribunales con arreglo á la ley. La capciosa manera con que pretendia involucrar con la causa, ciertas prerogativas de senador, que creia que los tribunales habian desconocido, no movió á los individuos de la alta Cámara á tomar parte en el asunto, y reducido este á sus verdaderas proporciones, desapareció bastante mal parado con la interpelacion que le dió vida.

Lastimoso es que se sienten esos precedentes, y que se quiera privar á los tribunales de su independencia



y escitar al poder ejecutivo á que supeditase y absorbiera al judicial, y todo por dar satisfaccion á intereses privados. Si el senador en cuestion se equivocó al creer que era injurioso el escrito por el que se querelló del periódico, cúlpese á sí mismo de que los tribunales fallaran en sentido absolutorio, y no pretenda suscitar debates improcedentes.

El proyecto de ley de reivindicacion de títulos al portador ha dado materia á la discusion durante el resto de las sesiones.

El Senado ha hecho en él modificaciones que alteran en la esencia lo resuelto por la Cámara popular, y en su consecuencia, y con arreglo á lo que para casos de esa naturaleza se halla prevenido, habrá que nombrar una comision mista que armonice las tendencias de uno y otro cuerpo colegislador y proponga el término medio en que han de convenir para evitar un conflicto así el Congreso como el Senado.

Necesario es convenir en que, á parte de esas diferencias, el modo con que los dos han considerado la cuestion, está muy lejos de hallarse conforme con las prescripciones de nuestras leyes y lo que la justicia exige. En la lucha que ha habido entre los letrados, y los hombres de negocios han salido estos vencedores y se han pospuesto á una razon de conveniencia, intereses de índole mas elevada, y que nunca debieran haber sido desatendidos.

Comprendemos lo difícil que es armonizar las exigencias del crédito con las del derecho, pero no por eso puede desconocerse que hubiera sido fácil resolver la cuestion de un modo mas oportuno. Por mas que se hable de la conveniencia de favorecer el crédito, siempre aparecerá que siendo los títulos al portador unos bienes muebles como cualesquiera otros, deberian regir para con ellos las leyes que protegen siempre el derecho de propiedad y dan al dueño la reivindicacion. Así lo han comprendido hasta ahora los tribunales y la ley que de ese modo de juzgar los aparte, llevará siempre el sello de la injusticia.

Menos numerosos que los de las Cortes han sido los sucesos extra-parlamentarios. Reducidos están á dos, pero que valen por muchos mas; la solucion de la crisis ministerial y la despedida de nuestra embajada de Méjico. De ambos dejamos hecho incidentalmente mérito y por ello nos limitamos á apuntarlos.

## II.

La rendicion de Gaeta ha sido un acontecimiento, que aunque esperado, llenó de tristeza y desaliento á unos, de alegría y entusiasmo á otros. Considerada esta plaza como el último baluarte, donde se encerraba un pensamiento contrario á la unidad italiana, viéndose en ella la postrera esperanza de un partido, que teniendo en cuenta su desgracia, no queremos calificar, conociéndose que si Gaeta sucumbia, Víctor Manuel podía llamarse desde luego rey de Italia; mientras que si en los fuertes muros, asilo un tiempo de Pio IX, tremolaba victoriosa la bandera de Nápoles, si como en otro tiempo el Pontífice, salía Francisco II para volver á ocupar un trono de que sus padres le privaron torpemente, y él no supo conquistar á tiempo; justo era pues, que en el momento en que las tropas italianas entrasen en la ciudad deseada, en el momento en que el último Borbon de Nápoles se viese obligado á capitular y entregar la fortaleza en manos de sus afortunados

enemigos, la suerte, el porvenir de Italia se asegurase para siempre, si, para siempre, no dudamos afirmarlo. Esa noble raza, mas querida y respetada, cuanto mas desgraciada; ese noble pueblo italiano que tantos años há arrastraba la pesada cadena de la servidumbre austriaca, pudo al fin romper sus grillos, pudo libertarse de las oprobiosas tiranías que sobre él pesaban, pudo en fin constituirse, y hacer de los pequeños Estados italianos, débiles, corrompidos, estériles para el bien, una nacion grande, fuerte, potente, digna del respeto que siempre ha merecido por sus grandes hechos y por sus hijos esclarecidos.

La capitulacion de Gaeta fué bajo este aspecto saludada como un gran acontecimiento. Caía con ella el último enemigo de la unidad italiana, y se aniquilaban así todos los gérmenes de la guerra civil, que, manteniendo vivo el odio de los partidos en el reino de Nápoles, no permitía á la nueva Italia proseguir en su gran obra de regeneracion.

Pero, tan pronto como esta noticia fué conocida; tan pronto como se supo que las armas de la casa de Saboya brillaban ya sobre los derruidos muros de Gaeta, una misma pregunta salió de todos los labios, y se dijeron:—¿A dónde, pues, irá ahora el ejército italiano? ¿Se encerrará en Cápua, ó correrá á libertar sus hermanos del Véneto, todavía esclavos del poder austriaco? ¿Irán á Roma?

Italia entera se conmovió al solo anuncio de la nueva victoria, en la misma Venecia el regocijo fué público, la alegría inmensa; el sentimiento de la unidad se expresó bien claro en esta ocasion, y nadie podrá dudar que los italianos desean constituirse, y formar desde luego un pueblo, que, unido por unos mismos lazos, y teniendo igual porvenir, sea un fuerte dique que contenga mañana en sus límites á la Francia, cuando esta quiera arrojar sobre los pueblos alemanes; á los pueblos de la raza latina, cuando los de la raza germánica pretendan venir á echar su espada en la balanza en que se pesan los destinos de las naciones del Mediodia.

Bajo este aspecto, la unidad de Italia debe ser saludada con júbilo por los pueblos que tienen igual origen que ella, antemural poderoso á las invasiones germánicas, que no por imposibles deben despreciarse, será de hoy mas esta nueva nacion, una nacion poderosa y fuerte, que debiendo su ser á los grandes y salvadores principios liberales, debiéndolo asimismo al principio de no intervencion, con que las demás naciones le ayudaron en su gran obra, velará de hoy mas por la suerte de los pueblos oprimidos y no permitirá en adelante que se consumen iniquidades como las de la desdichada Polonia.

Parecia que ningun suceso debia superar en interés á los de Italia, parecia que nada habria tan grande que lograrse apartar la vista de esa noble tierra, que guarda los restos sagrados de los grandes poetas y los artistas sin rival, y que se conmueve hoy al solo grito salvador de independencia; pero hé aquí que otro pueblo fuerte, poderoso, que debia su grandeza y poderio á las formas de gobierno porque se regia, se conmueve tambien y en nombre de intereses sagrados, los que habian sido hermanos, se separan para siempre, los que tenian unas mismas glorias, reniegan de ellas y se disponen, en fin, á fiar á la suerte de las armas, los destinos futuros de una gran nacion, que de hoy mas, y herida en el corazon, solo conservaba el recuerdo de su antiguo poder perdido para siempre.

Hablamos de los Estados-Unidos.

Los Estados del Sur, reniegan hoy de su origen y pretenden fundar sobre las ruinas de la república un nuevo Estado que rivalice con sus antiguos hermanos, y cuyos intereses sean tan encontrados, que al poco tiempo vengan ambos pueblos á ser enteramente distintos.



Creyóse al principio que los Estados separatistas oyendo la voz de la razón, desistirían de sus pretensiones, pero ¿quién es capaz de unir los que los intereses materiales separan?

Los estados del Sur que reúnen su asamblea, que nombran su presidente y que se preparan á sostener con las armas, lo que llevaron á efecto en sus *meetings*, en sus manifestaciones públicas y en sus elecciones, no van á desistir de su propósito, ¿quién fía la suerte de un pueblo en mano de sus enemigos? y en verdad que son enemigos los que, no necesitando la esclavitud, abogan contra ella, y quieren que desaparezca por completo, puesto que como dijo el ilustre desterrado de Jersey, es una mancha en el pabellón estrellado. Pero de esta mancha se cuidan poco los estados separatistas, que hoy defienden su libertad, al mismo tiempo que la esclavitud de aquellos que hacen de los estados del Sur, unos pueblos ricos y afortunados. Poca cosa es para ellos la libertad de esos desdichados seres, á quien la desgracia y la codicia, arroja diariamente desde las costas de Guinea, como una cosa inútil, en los fructíferos campos de la Alabama y la Virginia.

Hé aquí como lo único que parecía estable en el nuevo continente, se derrumba por su propio peso. Esas virtudes cívicas que se creen patrimonio de las razas anglo-sajonas y que se creía también las habían heredado sus afortunadas colonias, no bastaron á contener su aniquilamiento, porque aniquilamiento es, esa lucha entablada entre los estados del Sur y los del Norte, que concluirá por una separación eterna y verdadera. ¿No han sido estériles toda tentativa de concordia? El coloso de América, pues, se aniquila y pierde su fuerza, no parece sino que el nuevo continente, no puede con el peso de una nación grande y verdaderamente poderosa, viven en eterna guerra sus hijos, nada duradero han podido construir hasta ahora, no tienen el valor y la independencia de los indígenas, ni la fuerza de carácter de las razas europeas que le dieron la vida; parece que pagan hartó cara la fecundidad del suelo, y la hermosura de la naturaleza que les rodea.

Ahi están esas repúblicas españolas, ni un momento de paz y de concordia gozan, desde que sacudieron el yugo de la metrópoli, van de tiranía en tiranía á caer en el abismo que le abren sus propios excesos, viven en eterna guerra, semejantes á tribus indias que no conocen amigos ni aliados. Qué extraño, pues, que vivo aún el odio que profesan á España sus antiguos hijos, en sus días de amargura se vuelvan contra una nación, que no hace por su parte lo que debe, no para hacerse temer de sus antiguas colonias, sino para hacerse amar de aquellos con quien la unen grandes y sagrados intereses?

España, tenemos que confesarlo con dolor, observa en América una política deplorable. En vez de acortar las distancias que separan aquellas repúblicas de sus antiguos dominadores, las ensancha, parecemos débiles é impotentes para vengar los agravios que se nos infieren, vivimos ignorantes de cuanto allí sucede, y en Méjico primero y mas tarde en Venezuela, se asesina cobardemente á los súbditos españoles.

¿Y qué medidas tomó el gobierno español, tocante al triste asunto de Venezuela? Aquí tenemos nuestros cónsules, aquí está el enviado de aquella república, cuanto pasa, si pasa algo, es en el silencio y en el misterio, y en tanto nuestros hermanos que viven en América, tiemblan cada día por sus intereses, por su vida, por la vida de sus hijos.

¿Y respecto á Méjico?

¡Ah! confesemos, confesemos francamente, que cuanto ha sucedido en justo castigo es, de los desaciertos cometidos, de la torpeza con que se ha caminado en esta ocasión.

¿A qué enviar á Méjico un embajador, cuando en lucha aquella nación, se ignoraba aun, cuál sería el partido que prevaleciese? Pero era necesario que el Sr. Pacheco fuese á Méjico, y el Sr. Pacheco llegó, presentó sus credenciales al gobierno que residía entonces en la capital, y lo que es peor, parece que le ayudó en su obra, con sus consejos y con su influencia; ¿qué debía pues resultar de esto?

Ya lo saben nuestros lectores: apenas los constitucionales se apoderaron de la capital, sin tiempo para constituir gobierno, se apresuraron á poner en manos de nuestro embajador su pasaporte y *mandarle* que saliera del territorio mejicano en un breve y perentorio término. La afrenta lanzada á la faz de España, no pudo ser mayor; nosotros que creemos que nuestro gobierno sabe y comprende lo que se debe á sí mismo y á esta noble nación, tan generosa siempre, pero también tan celosa de su honra, hará en esta ocasión todo lo que hacerse debe, no únicamente para borrar la afrenta que el nuevo gobierno mejicano nos ha inferido, sino para que sepan una vez siquiera las repúblicas americanas, cuál es el poder de España, cuál el valor de sus hijos.

Es necesario que nuestras antiguas colonias reanuden sus lazos con la que un tiempo fue su metrópoli, es necesario ganar su amistad, y conservarla, es necesario que echemos en América los cimientos de nuestra preponderancia política; pero hace falta para esto, que los que nos creen débiles é incapaces, vean que somos fuertes y potentes. Es necesario que nos amen, ó que nos teman, á ellos toca escoger.

Errantes y dispersos por el interior de América viven muchos de nuestros hermanos, y en un destierro, podemos decirlo así, suspiran por su patria, por esa patria á quien se clama en vano eternamente. En donde está un inglés está Inglaterra, está la Francia, donde se halla uno de sus hijos, solo donde está el español no está España, y por eso no teme nadie insultarle, saquearle, asesinarle. ¿Cuánto tiempo nuestros gobiernos han de permanecer impasibles ante cuestiones de tan grande interés? ¿No valen acaso que se piense un momento en tantos desdichados como arrastran lejos de su patria una vida de inquietudes dignas siquiera por el amor inmenso que profesan á España, de que les tendamos la mano, de que tratemos de hacer que se respeten sus vidas, sus riquezas ganadas con el mas impropio trabajo?

Una política tiene España que hacer todavía, y esa política, es la de América. Efecto de groseras y erradas ideas, créese allí por algunos, que España es una nación débil y pobre, que nada puede, y que por lo mismo que nada intentará. Como cada día la sed de riquezas y el de mejorar de fortuna, lleva á aquellos países multitud de españoles; cómo aun está vivo el odio que la guerra de su independencia concibieran contra España las nacientes repúblicas, de aquí el que en todas las conmociones populares sean los peninsulares los que soporten entera la ciega ira de las turbas. Además, aquellas desdichadas repúblicas no han podido constituirse; hoy derriban lo que ayer alzaron, los gobiernos no tienen, ni estabilidad posible, ni puede á veces exigirse el castigo de los que son mas poderosos que él; y de aquí el que el buen nombre de España padezca, que nuestros intereses en América padezcan igualmente, y que podamos decir con toda verdad que si nuestros gobiernos no atienden nuestros negocios de América, perderemos el comercio de aquellas ricas colonias cuyo dominio hemos perdido primero.

Aquí concluiremos nuestra reseña política exterior; suceden hoy tan aprisa los acontecimientos; son tan impensados los sucesos, que no hay pensamiento que pueda medir con acierto cuál será el fin de lo que hoy empieza. La cuestión de Italia, la de Siria, que amenaza traer un conflicto para Europa; la de los Estados Unidos, cuyos trastornos alcanzan á Europa, son bastantes á preocupar los ánimos.



## DE LOS ALMACENES PÚBLICOS Ó DEPÓSITOS

## MERCANTILES.

Días hace que los periódicos políticos y otras publicaciones industriales, están anunciando el planteamiento en esta corte de una importantísima mejora que influirá de un modo grande y directo en el comercio y la industria, y por consiguiente, en el bienestar de nuestra población. Hablamos de los almacenes públicos, ó depósitos mercantiles.

Para demostrar de una manera evidente y palpable los beneficios y ventajas que proporcionan, será preciso examinar, aunque sea rápidamente la historia de estos establecimientos en los países donde primero se instalaron; así como la índole y valor de los documentos que para sus operaciones mercantiles espiden los encargados de los depósitos. Hé aquí en cierto modo la ventaja de ir á la zaga de otras naciones en la vía de los adelantos y mejoras, la de encontrarnos el camino llano y espedito, y aprovechar, sin los inconvenientes ni obstáculos que nuestros predecesores vencieron, los buenos efectos que su experiencia y práctica les proporcionó. Si además tenemos en cuenta, como es debido, las circunstancias del país y aun de la localidad, para su aplicación, puede entonces asegurarse el buen éxito de la empresa.

Tratándose como se trata de instituciones mercantiles, inútil es decir que Inglaterra se presenta en primera línea como fundadora de los establecimientos de que nos ocupamos. Por los años de 1723 el famoso ministro Walpole se propuso someter el vino y el tabaco, artículos á la sazón muy recargados por el impuesto, á un depósito obligatorio, si bien compensando esta obligación con la facultad de aplazar el pago de derechos hasta que se sacasen al consumo, y exención completa de ellos, si se esportaban. Pero malogróse este proyecto ante los amagos de un motin. En 1750 Dean Tucker, auxiliado nada menos que por el célebre economista Adam Smith escribió infructuosamente en favor de los depósitos; mas lo que no pudieron conseguir personas tan eminentes por la fuerza de sus argumentos, se obtuvo por una circunstancia que puede llamarse casual.

Los infinitos robos que se cometían á bordo de los buques cargados de géneros coloniales, surtos en el Támesis, valuándose en 150,000 libras esterlinas la pérdida anual que sufrió el comercio, y en 50,580 la que cupo al Tesoro, engendraron la idea de los primeros *Docks* de Londres, esto es, de unos estanques rodeados de almacenes sólidos y espaciosos.

En 1799 se formó la primera compañía para la construcción del *West India Dock*, que se abrió al comercio en agosto de 1802. Dicha compañía obtuvo del Parlamento el privilegio de recibir todos los buques procedentes de las Indias occidentales, y almacenar las mercancías de importación de la misma procedencia. Las considerables ventajas que resultaron de esta fundación, valuadas en 18 por 100 sobre los gastos de manutención, el almacenaje y mermas inevitables por el antiguo método de descarga, no tardaron mucho en hacerse patentes. Construyéronse sucesivamente el *London Dock* en 1805, el *East India Dock*, el *Comercial Dock*, el *Surrey Dock*, el *Catherine Dock* en 1829, y por último el *Victoria Dock* en 1855, sin contar otros análogos en varias ciudades del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda.

Sea cualquiera la importancia de estos diques de Londres ó estanques de suficiente é igual nivel de agua, como almacenes públicos, es como han hecho inmensos servicios al comercio. Responsables de los buques y de las mercancías que admiten, sus fundadores establecieron un sistema regular de registros, encargándose de toda la mano de obra en el interior de los almacenes, y de cualesquiera agencias con la aduana. La regularidad en el pago de derechos, la se-

guridad que ofrecía un recinto cerrado y vigilado con esmero, la precisión con que funcionaba su bien montada administración, fueron causa de que adquiriesen los *Docks* los privilegios de depósitos de aduana, es decir, la facultad de no satisfacer derechos hasta la salida de los géneros.

Los almacenes públicos ahorrando á los comerciantes de Londres los suyos particulares, y disminuyendo considerablemente sus gastos generales, han multiplicado además la acción del crédito, sin que para esto hayan tenido que generalizar esa palabra vaga é indefinible que se llama confianza. Explicaremos cómo.

Todo el mundo sabe que en Londres apenas se usa el metálico ni aun documentos mercantiles en las transacciones y negocios. Los comerciantes depositan en poder de su banquero, que también se llama cajero, sea directamente ó valiéndose de un *broker* (corredor) todos los valores, especies, lingotes, efectos de comercio ó públicos que entran en sus manos. La mayor parte de las veces, cuando tienen que hacer un pago, dan un *cheque* (orden á la vista) contra su cajero, obrando con él los deudores de la misma manera. Los banqueros se encargan de cobrar de sus cofrades los *cheques* que les llevaron sus clientes, y realizan también los pagos de estos. Por lo general, como diariamente cada banquero recibe *cheques* sobre otros varios, para efectuar estos cobros y pagos basta compensar los créditos y trasladar varias sumas de una cuenta á otra. Existe para dicho efecto en Londres un establecimiento fundado en 1775 en el que cierto número de casas de banca sostiene cada una su agente, que allí lleva todos los días los *cheques* que recibe, para cambiarlos entre sí y saldarse las diferencias sin demora. Dicho establecimiento, conocido con el nombre de *Clearing-house* (oficina de compensaciones) no admite en la actualidad mas que unos treinta banqueros, descendientes casi todos de los fundadores, excluyendo por rivalidad de oficio, al parecer, muchas nuevas casas respetables. Apesar de esto, las operaciones realizadas en la *Clearing-house* el año de 1857 importaron 1.900 millones de libras esterlinas, (unos 9 mil millones de duros!) sin que necesitasen para saldar esta suma, mas que el 7 por 100 de su importe. A las *Clearing-house* de Nueva-York y Filadelfia les bastó el 5 por 100.

El crédito ó cuenta corriente abierto á un comerciante está en relación con el importe de los valores que haya depositado en casa de su banquero. Impórtale por consiguiente mucho tener en depósito en manos de su cajero la mayor suma de valores posible. Ahora bien, la fortuna de un comerciante, sobre la que descansa en gran manera su crédito, y por consiguiente la confianza que inspira, consiste principalmente en mercancías almacenadas ó en depósito. Estas mercancías, segun la clase de su comercio pueden paralizar el capital durante algun tiempo y de este modo hacerle momentáneamente menos solvente. Y en efecto, cualquier artículo que no pueda convertirse en metálico fácilmente y sin demora, disminuye su poder como garantía y como capital. Pero en Inglaterra se ha remediado este inconveniente por un medio sencillísimo. El dueño de una mercancía cualquiera se limita para ello á depositar en manos de su *broker* (corredor) ó banquero, un recibo ó resguardo descriptivo del artículo, *warrant* en inglés, expedido por la administración del almacén público donde se depositó la mercancía. El endoso del *warrant* basta para la transferencia de la mercancía, que puede, en caso de necesidad, venderse á pública subasta sin formalidades ni tardanzas. Nada arriesga por consiguiente el banquero en aumentar la cuenta corriente del comerciante á proporcion del valor aproximativo de la mercancía representada por el *warrant*.

Además, los almacenes públicos en nada disminuyen, respecto del comerciante, las probabilidades de venta. Si no tiene á mano la mercancía, posee lo que en cierto modo es mejor aunque no sea mas que por la comodidad; 1.º un certificado ó resguardo auténtico (*warrant*)



que indica la naturaleza, peso, procedencia, etc., del género; 2.º muestras tomadas sin intervencion suya por el administrador ó superintendente del almacen y en presencia del corredor, en el momento de recibirse la mercancía. Efectuábase la venta por muestras y mediante el endoso ó transferencia del *warrant*; si se vende todo el artículo. En caso de necesidad puede canjearse el *warrant* por varios documentos relativos cada uno á una parte de la cantidad primitiva.

Los seis grandes *Docks* de Londres no son los únicos almacenes ó depósitos que espiden *warrant* negociables. Hay cinco llamados *legal quays* (muelles legales) que toman su nombre de la facultad de depósito que se les ha concedido; contándose además ochenta y siete *sufferance wharves*, ó muelles de tolerancia, cuyos privilegios marca la administracion de aduanas. Existen igualmente bóvedas ó cuevas, llamadas *bonded vaults*, en que mediante el depósito de una grande cantidad ó con la fianza de dos comerciantes acreditados responsables de los derechos de entrada en caso de infraccion, están autorizados por la aduana á recibir en depósito vinos y bebidas espirituosas para el consumo ó la re-exportacion. Por último, fuera de estas diferentes clases de establecimientos mas ó menos relacionados con la aduana, hay otros cincuenta almacenes públicos destinados á las mercancías libres de derechos ó que ya los han pagado, cuyos *warrants* son igualmente negociables.

No es cosa fácil señalar el valor de las mercancías vendidas anualmente en Inglaterra por medio de los *warrants*. Cálculase aproximadamente respecto de los *Docks* de Londres en 64.000.000 libras esterlinas; los *legal quays* en 10.000.000 libras esterlinas; los *sufferance wharves* en 2 1/2 millones; los *bonded vaults* y los simples almacenes públicos no privilegiados, puede sin exageracion alguna valuarse en 4.000.000 de libras esterlinas.

No es Londres la sola ciudad, ni la Gran Bretaña el único país donde se hayan introducido y apreciado los almacenes públicos ó generales. Lo innegable y evidente es, que dichos establecimientos contribuyen á aumentar el consumo disminuyendo el precio de los artículos, y que estien den el poder rentístico del comerciante abreviando la suspension de sus capitales.

Los servicios que hicieron y las ventajas que proporcionaron fueron conocidos al instante en Francia, donde en estos momentos trabajan con celo en multiplicarlos. Pero desgraciadamente su primera introduccion se verificó en circunstancias desfavorables y con miras tan estrechas, que aun se resienten en el día de la mala é incompleta aplicacion que si hizo al plantearse tan esencial mejora. Pero, en vista de un informe luminoso y entendido hecho por M. Lebaudy de la manera con que se practican en Inglaterra todas las operaciones concernientes á los depósitos mercantiles ó *Docks*, y de los inconvenientes que por lo restringido de la aplicacion se tocaron en Francia, se ha puesto por fin el oportuno remedio.

Los almacenes generales se instituyeron en Francia por un decreto del gobierno provisional el 21 de marzo de 1848. Establecidos bajo su inspeccion y vigilancia podian admitir en su recinto toda clase de mercancías acreditándose este depósito mediante un recibo transmisible por endoso. Fundados en tiempo de crisis, á pesar de que nadie ha puesto en duda sus momentáneos servicios, fueron no obstante considerados como un remedio aplicable solo á una época de conmocion y desconfianza general. Pasada la crisis, quedó cierta prevencion y recelo, que, unidos á las engorrosas é incómodas formalidades que envolvian las operaciones, impidieron su desarrollo; razon mas que suficiente para que en la legislacion anterior á la ley de 1858, los préstamos sobre *warrants* nunca pasaron en París de cinco y medio millones de francos anuales, y como ordinariamente no se prestaba mas que el 66 por 100 del va-

lor de la mercancía, dicha operacion era en realidad un préstamo sobre una prenda de 7 á 8 millones.

Este sistema fue fatal á la institucion. Mirósela generalmente como una especie de *Monte de Piedad* que prestaba sobre prendas; lo cual desconceptuaba al comerciante, perjudicando su crédito, puesto que demostraba la insuficiencia de sus medios. Y como quiera que por la antigua legislacion, este préstamo no podia hacerse sin cierta publicidad, apenas se verificaban adelantos sobre *warrants* sino en casos extremos y perentorios.

Por otra parte, si habia repugnancia en tomar á préstamo sobre mercancías, tampoco se tenia grande afan en prestar sobre una prenda de difícil liquidacion. Porque si despues del año de 1848 ya no puede decirse con verdad que la venta pública de las mercancías nuevas esté sometida á formalidades y trabas tan fiscales y complicadas, todavia la legislacion deja en este punto bastante que desear.

Felizmente las dos leyes de 1858 desvanecieron los obstáculos legales, que oponian los hábitos y costumbres mercantiles francesas, á la venta sobre *warrants*; porque asi es como debe llamarse y entenderse esta operacion, no préstamo sobre mercancías. El porvenir y ventajas de esta útil institucion estriban en que se adopte el uso de vender sobre *warrants*, y por medio de muestras auténticas. Es indudable que basta y sobra para la venta, los dos títulos ó cédulas que se espiden con los nombres de *recibo y resguardo*, correspondientes en cierto modo á los *sale warrant* (resguardo de venta), y *weight note* (certificacion de peso), que entregan los encargados de los *Docks* ingleses. Dichos títulos realizan, sino el crédito ideal, el positivo y real tomando esta palabra en sus diversas acepciones.

En resumen, los almacenes generales con su complemento de ventas públicas por mayor, pueden prestar, segun la entendida opinion de M. Blok, los servicios siguientes:

1.º El de emplearse como depósitos de aduanas, con las diversas ventajas que procura la facultad de aplazar el pago de derechos.

2.º Disminuir los gastos generales ahorrándose el comerciante el tener aun para las mercancías indígenas ó nacionalizadas por el pago de derechos, almacenes particulares y un personal dedicado á su custodia.

3.º Facilitar la circulacion de mercancías por la venta sobre muestras auténticas, ó mediante el traspaso de los títulos que acreditan el depósito en el almacen público.

4.º Aumentar el crédito del comerciante para con su banquero, sin perjuicio alguno de su consideracion; puesto que el crédito no se le concede bajo la forma de préstamo, sino de cuenta corriente.

5.º Multiplicar el uso de las cuentas corrientes, y por lo tanto, de los giros, modo de pagar reconocido hace siglos como el mas ventajoso al comercio.

6.º y último. Hacer que las mercancías almacenadas y antes paralizadas obren y trabajen como capital, aumentando de este modo la produccion, y por consiguiente, el consumo, es decir, el bienestar general.

Nos hemos estendido algo mas al hablar de la introduccion de los almacenes públicos en Francia, porque, convencidos de que todo cuanto en nuestro país se adopta, se copia servilmente de nuestros influyentes vecinos, en la materia presente, por fortuna, no habia los inconvenientes al imitarlos, que en otros ramos ha habido, merced á la costosa esperiencia que les hizo acudir al remedio, ajustándose al único modelo que en negocios mercantiles ha existido y existe en la actualidad: la Inglaterra; de allí aprendieron esa sencillez y facilidad en los negocios y operaciones de los depósitos mercantiles, en vez de las ritualidades embarazosas y dilatorias con que siempre se ha distinguido la administracion francesa, y con las que nos han contaminado; y allí aprendió el mismo emperador las doctrinas de



Cobden, Ricardo y Mac-Culloch, que tan bien ha sabido aplicar, rebajando las tarifas de aduanas en su país y celebrando el nuevo tratado con la Gran-Bretaña. Solo con un impulso tan eficaz y poderoso, pudiera la nación vecina sacudir sus rancias preocupaciones económicas, á pesar de las útiles y convenientes lecciones de Bastiat y Chevalier.

Ahora bien: con estos antecedentes, contrayéndonos á nuestro país, diremos que la mejora en cuestión que va á producir tantos beneficios á la capital, entre ellos el principalísimo del abastecimiento de artículos de toda especie á su numerosa población, se planteará en terrenos propios del Sr. marques de Benemejís de Sistallo, en las inmediaciones del ferro-carril del Mediterráneo. La activa y opulenta compañía que lo explota, construirá vastos y sólidos almacenes, con todos los requisitos y condiciones que su ulterior destino reclama, donde trasportará las mercancías sin el menor deterioro ni quebranto, por desembocar los wagones para su descarga en los mismos *Docks*, sin exigir estipendio ni pago á los dueños de ellas, hasta que las saquen para el consumo; responderá también de la integridad del peso y medida de los géneros depositados, así como del buen estado de los toneles, cajas ó fardos en que vengan envueltas, con arreglo á una tarifa módica y equitativa de precios por almacenaje ó alquiler. De concierto con el gobierno, es probable que consiga para los propietarios de los géneros almacenados el beneficio de depósito, en cuanto á los derechos de aduana, para que no los satisfagan hasta la salida del establecimiento, como sucede en todos los países en que existen semejantes almacenes. La compañía estenderá sus operaciones á la venta en pública subasta, y á préstamos, por su cuenta, sobre las mercancías depositadas, sin complicaciones ni formalidades inútiles y enojosas, del mismo modo que se practica en los *Docks* ingleses, mediante solo las cédulas de resguardo ó *warrants* que espida, con cuyo solo endoso se podrá verificar la transferencia, la venta en todo, ó en parte, y cualquiera otra transacción mercantil. Parece superfluo esponer las ventajas que con estas operaciones reportará el comercio, cuando puede decirse sin exageración ni hipérbole, que cambiará su manera de ser, pasando sus individuos, de la clase de tenderos, á la de comerciantes, multiplicará sus transacciones, estendiendo su esfera de acción en toda su elasticidad: ahorrará sus gastos de almacenes particulares y del personal que exigen su custodia y vigilancia, encontrando sus géneros perfectamente seguros y garantidos; verá que por este medio se acerca el consumidor al productor sin intermediarios y agentes que acrecen el precio de los artículos. Respecto de los ferro-carriles, los almacenes públicos, no solo les dan nueva vida, sino que son, por decirlo así, su necesario complemento; de otro modo no se comprende la escasísima ventaja (si alguna ha habido) que ha reportado Madrid en cuanto á baratura en los géneros y frutos que transporta un ferro-carril que desemboca en dos de los principales puertos del Mediterráneo y toca en otros puntos bien surtidos y productores, á pesar de ser mayor su abastecimiento y mas rápida y económica su conducción. Establecidos los *Docks* ó depósitos, se evitarán esas carestías ó crisis de subsistencias, que tantas perturbaciones causan y tantos males irrojan; porque en su abundante y gransurtido encontrará el público, esto es, los consumidores, su natural y pronto remedio. Pero no basta el ofrecer tan brillante y halagüeña perspectiva; es preciso que se convierta en realidad, y pronto, porque es de urgentísima necesidad; aunque al tener en cuenta los respetables nombres de las personas que forman la compañía y el cuantioso capital que aportan para la empresa, nos hace confiar que no se quedará en proyecto, como tantos otros que en nuestro país se anuncian con pompa, y en anuncios se quedan. Su acreditada inteligencia y actividad les impulsará á emprender cuanto antes la construcción pronta, á la par

que sólida, de los almacenes que con tanta ansia se esperan. Creemos, por último, que su mayor estímulo, si alguno necesita, será el beneficio y el interés inmenso de esta capital, y el suyo propio, merecida y amplia recompensa que alcanzará con el inmediato planteamiento de tan importante mejora.

J. B. DE B.

## LAS MAQUINAS.

El hombre es uno de los seres mas débiles de la creación, en cuanto á poder apropiarse á sus necesidades los objetos que le ofrece la naturaleza. Pero si el Hacedor le ha rehusado los medios de modificar las formas que presentan los cuerpos, en cambio lo ha favorecido con la inteligencia que le hace rey y señor del mundo, permitiéndole servirse de los elementos, de los animales y de las cosas como dueño absoluto de todo.

Cain, no encontrando medio de matar rápida y traídoramente á su hermano, se sirvió del primer cuerpo duro que halló á mano, para quitarle la vida. Los primeros habitantes del globo, impotentes para alcanzar un pájaro ó para cortar un árbol, hicieron las flechas, que lanzadas por el arco, atajan el vuelo del ave, y las hachas de piedra, que toscas y poco duras, les sirvieron, sin embargo, para poder construir las primeras habitaciones. Aquí tenemos al hombre, que, apurado por la necesidad, hace uso de su imaginación é inventa un instrumento, primer destello de la inteligencia, precursor del gran poder que luego ha de alcanzar la humanidad.

Sin detenernos, no obstante en hacer la historia de los descubrimientos humanos, relato que por su poca amenidad podría cansar á nuestros lectores, pasaremos á tratar la cuestión económicamente.

En economía política, se entiende por máquina, todo aquello que sirve al hombre para modificar los cuerpos ó las cosas y apropiarlos á sus deseos. La sola diferencia que se nota entre el lenguaje vulgar y el económico es, que se llama útil ó instrumento á una máquina muy sencilla, dándose el nombre de máquina á un instrumento mas ó menos complicado. La máquina no crea fuerza alguna, únicamente trasmite la que recibe, sea del hombre ó del motor que la pone en movimiento, para obrar sobre el cuerpo que ha de modificar; pero tiene la ventaja de centuplicar la fuerza humana y acelerar el movimiento, de modo que, el tiempo, ese gran caudal que tan distraídamente se disipa, puede economizarse con ventaja. En una máquina de vapor, por ejemplo, los verdaderos motores son la fuerza expansiva del vapor y el peso de la atmósfera.

Establecido este principio, podemos ya ocuparnos del problema que tratamos de demostrar, á saber, que es infundada la creencia generalmente difundida de que las máquinas son perjudiciales á los trabajadores.

Árdua tarea en verdad, es la que emprendemos, mas difícil aun de llenar si se considera lo débiles que son nuestras fuerzas; pero vence á la modestia el deseo de



propagar entre la clase necesitada las sanas doctrinas que han de conducirla á mejorar de día en día su precario estado.

En ciertas épocas, mas particularmente en las grandes conmociones revolucionarias, se eleva de la clase trabajadora un clamor contra las máquinas que son, dicen algunos, las que arrebatan el pan á los pobres, y desencadenándose en los obreros ese espíritu de destruccion de que casi siempre se halla animado el hombre, se precipitan á destrozar aquello precisamente que les proporciona los medios de ganar el sustento. Pero; ¿qué resultaría siatendiendo á estos clamores, se suprimiesen las máquinas? Parcialmente no pueden destruirse, seria preciso abolirlas todas, el hombre se veria desprovisto hasta del arado, esa máquina que le dá el pan; y la civilizacion atacada por su base, la industria, moriria de inanicion, volviendo la humanidad al estado salvaje, á ese estado que J. J. Rousseau, con su talento, ha pintado tan bello, fundandose en las doctrinas erróneas muy difundidas en su época.

Pensar, querer esta desorganizacion completa de la sociedad, de la familia, de la civilizacion, es un absurdo, una monstruosidad. Los paises mas civilizados, y por consiguiente aquellos donde el pueblo mas instruido puede gozar de mayores comodidades, son aquellos en que la mecánica se ha desarrollado con mas intensidad. Testigo de ello son: Francia, Inglaterra, los Estados-Unidos. En esas naciones, avanzadas, de la industria y la civilizacion, las máquinas se han multiplicado prodigiosamente, la mecánica hace todos los dias nuevas conquistas, el trabajo del hombre va siendo menos pesado, la poblacion aumenta al mismo tiempo que la riqueza, y el bienestar general crece.

En la China y en la India, por el contrario, se halla la civilizacion dormida, el poder de la mecánica es casi nulo y la industria produce solo á fuerza de brazos, condenando al hombre al trabajo de la bestia, y no permitiéndole salir del abyecto estado en que se encuentra, estado vecino á la esclavitud. Crece la miseria, y el pueblo en vez de instruirse, se embrutece cada dia mas y mas, llegando á ser el hombre en algunos casos, cual el animal salvaje que solo se ocupa de procurarse lo necesario para satisfacer sus instintos materiales. Los goces quedan únicamente para aquellos privilegiados que por sus inmensas riquezas pueden comprar, pagándolo á vil precio, el trabajo de la humanidad, reducida por el embrutecimiento á su impotente debilidad.

Estos argumentos, evidentes, palpables, sin réplica, son solo, por decirlo así, el prólogo de las razones en que pensamos fundar nuestras conclusiones.

En el siglo XIX, ese siglo de los adelantos y de las luces, ese siglo que, alumbrado por la antorcha de la civilizacion, oscurece los siglos precedentes, puede juzgarse del estado de adelanto y de riqueza de un pueblo por la mayor ó menor cantidad de hierro que consume. Esto es evidente, el hierro entra en toda clase de construcciones. Ya cruza en cintas el territorio de una nacion, salvando montañas, atravesando rios, escondiéndose en las entrañas de la tierra para facilitar el transporte de las riquezas nacionales; ya, en forma de má-

quinas fomenta la industria y acelera las comunicaciones, ya por su misma tenacidad reemplaza á la madera y sirve con ventaja para la construccion de edificios y puentes, ya por fin, convertido en alambre, suprimiendo distancias y cruzando mares conduce la electricidad y difunde instantáneamente por el Orbe la noticia de los acontecimientos importantes que ocurren en cualquier parte del globo. Vemos, pues, que el hierro transformado en máquina, penetra en todas las comarcas, dando impulso á la industria, desarrollando la riqueza, abaratando los productos y aumentando el bienestar general.

En efecto, las máquinas, hemos dicho, son las que transmiten la fuerza del motor que las impulsa, aumentándola y variándola. De esto resulta una economía de tiempo y de brazos que, disminuyendo los gastos de produccion, disminuye tambien el precio de los artículos, poniéndolos al alcance de todos y haciendo que se consuman en mayor cantidad, por esto mismo que cuestan menos. Antes de la introduccion de las máquinas, la clase proletaria carecia de muchas cosas que no podia procurarse á causa de su esceseivo precio. Nuestros bisabuelos no usaban ni medias, ni camisas, y con solo remontarnos ciento cincuenta años atras, veriamos á la mayor parte de los campesinos, no conociendo ni aun el uso de los tenedores en la mesa, mirar como un lujo esceseivo el empleo de las cucháras.

Para demostrar, sin embargo, mas palpablemente, cuáles son los efectos de las máquinas, vamos á citar un ejemplo de J. B. Say.

Un molino de agua ordinario, puede moler cada dia 36 hectólitros de trigo. Para hacer el mismo trabajo á brazo, se calcula que se necesitarian 150 hombres, que á cuatro reales de jornal costarian 600 rs. El alquiler de una acequia ordinaria podria costar 6000 rs. anuales sin contar la casa ni las mulas y demás, para las cuales el gasto seria igual en ambos casos. 6000 rs. repartidos entre 300 dias de trabajo, dan un gasto diario de 20 rs. en vez de 600 para 36 hectólitros de trigo, y proporcionan por lo tanto una economía de 17 rs. próximamente por hectólitro, lo cual permite vender el pan casi á la mitad del precio.

A esto se nos hará una objecion; es verdad que el pan disminuye de precio, pero los trabajadores empleados en el molino quedan sin jornal. En efecto, la máquina que ha sustituido el motor de brazos, con el de agua, ha reemplazado á los 150 hombres que antes se ocupaban en moler trigo. Esta es una verdad que no trataremos de combatir; pero si hemos de señalar lo insignificante que viene á ser este daño particular y circunscrito, comparado con el bien general de las naciones. En primer lugar, la desgracia no puede recaer sobre muchas personas á la vez, porque para introducir y hacer adoptar una modificacion de este género en la industria, se necesita mucho tiempo. Una máquina no se improvisa, es necesario construirla, y antes de esto, es preciso perfeccionarla, porque los inventos no pueden salir perfectos del primer golpe. Además, todos los fabricantes ó industriales no tienen los fondos suficientes para comprarla, ni aquellos que los poseen se deciden tampoco á hacer uso de ella, hasta tanto



que con repetidas experiencias, coronadas de buen éxito, se reconoce su utilidad palpablemente. De consiguiente, la introducción de las máquinas se opera con suma lentitud, y siendo mas lenta aun su propagación, los trabajadores que van á ser reemplazados por ellas, pueden ir preparándose y aprendiendo para dedicarse á otra ocupación.

Mas, no es esto solo. Las máquinas una vez establecidas, la producción crece, á medida que la demanda aumenta por el aliciente de la reducción de los precios, y las fábricas montándose mas en grande, y multiplicándose á un tiempo, necesitan para esos mismos instrumentos que reemplazaron los brazos, nuevos y mas numerosos trabajadores, viniendo entonces á pagar ó resarcir el daño que en un principio produjeron.

Para fundar nuestro aserto, citaremos otro ejemplo que suministra tambien el célebre economista J. B. Say.

En Inglaterra, antes de la invención de las máquinas para hilar el algodón, habia 5,200 hilanderas y 2,700 tegedores; 7,900 trabajadores al todo. En 1787, diez años despues, se contaban 105,000 hilanderas y 247,000 tegedores; 352,000 trabajadores en todo.

Despues, la mecánica se ha trasformado; perfeccionado el vapor, ha reemplazado al hombre no solo como motor, sino tambien como obrero, y sin embargo, el número de trabajadores sigue en aumento progresivo.

De 1786 á 1790, se importaron en Inglaterra por término medio 26.000,000 de libras de algodón al año, ocupando la filatura y el tejido 352,000 personas, como dijimos antes. De 1821 á 1825, la importación en el mismo país fué por término medio al año, de 155.000,000 de libras. Luego, ¿si 26 millones de libras de algodón proporcionaban trabajo á 352,000 personas, cuántas mas no se ocuparían para manufacturar 155.000,000 de libras?

Este es un ejemplo que, podrá decirsenos, peca ya de conocido, y por lo mismo nos hallamos en el caso de citar algun otro que, apoyando tambien nuestros argumentos, sea, sin embargo, mas popular, mas palpable aun, si se quiere.

Los copistas, segun algunos, se vieron reducidos á la miseria cuando la imprenta y la prensa mecánica vinieron á reemplazarlos. GUTENBERG, ese hombre célebre que con su descubrimiento vino á facilitar á la humanidad los medios de comunicarse, de regenerarse y comprenderse, distribuyendo y difundiendo por todas partes las obras del ingenio, que, reducidas antes al estrecho recinto de las celdas y de algunos alcázares, se consumían sin fruto para los pueblos, sirviendo solo á los poderosos para dominar á la clase pobre, vino con su invento á sembrar la miseria entre millares de familias que vivían del producto de la escritura.

Pero; ¿pueden acaso compararse con estos males, las inmensas ventajas que la humanidad ha reportado? Nolo creemos. Esos copistas, al verse reemplazados pudieron muy bien dedicarse á otra ocupación que les permitiese subsistir hasta tanto que la imprenta misma los llamase á sí para emplearlos como cajistas, correctores, libreros, encuadernadores, etc., etc.

Y, ¿es tampoco comparable el número de los copistas con el de los millares de trabajadores que se ocu-

pan no solo en la imprenta, sino en las diferentes industrias que dependen directamente de ella?

Difícil seria enumerar los obreros que se emplean en las fábricas de papel, en las fundiciones, fábricas de carton, de tinta, de máquinas, en las imprentas, encuadernaciones, librerías, periódicos y mil otros que no recordamos; pero que tambien dependen ó tienen puntos de contacto con la industria que nos ocupa.

Aun mas. La imprenta es la madre cuidadosa de los pueblos, y recogiendo en su seno todas las ideas, todos los pensamientos, todas las doctrinas, las reparte por do quiera, facilitando, provocando la discusión y difundiendo la luz de la ciencia y de la civilización hasta por los rincones mas apartados de la tierra. Sin la imprenta, el niño no aprendería esos preceptos de sana moral que, recopilados en pequeños libros, son el alimento de la infancia y engendran en la tierna imaginación del hombre el amor al bien. Sin la imprenta, el adolescente no podría enterarse de la vida pasada de las naciones y aprender con los ejemplos de la historia la regla de conducta que debe observar para vivir en el mundo y procurar el bien general. Sin la imprenta, el hombre maduro, el sabio cuyos cabellos han encanecido las vigiliass del estudio, vería con sentimiento ir á parar á un archivo ó perderse en el polvo el fruto de muchos años de trabajo y de experiencia, no podría comunicar al mundo las ideas que maduraron en su mente, los adelantos llevados á la ciencia, las luces del saber que alumbran su imaginación.

Resulta, pues, como resultará siempre, que las ventajas que reportan las máquinas, son de todos modos mayores que el mal pasajero que causan al reemplazar el trabajo del hombre.

Por otra parte, esa abolición de las máquinas, que con tanta insistencia se pide algunas veces, ¿sería posible? ¿Daría los resultados que de ella parecen esperarse? No, y lo demostraremos.

Supongamos, aun cuando ni por un momento puede suponerse, que un gobierno ignorante consintiese en abolir las máquinas en España. Esta medida, muy lejos de proporcionar trabajo á los obreros, produciría el efecto contrario, encareciendo los productos de un modo asombroso. Las máquinas continuarían funcionando en Francia, en Inglaterra, en Bélgica y en todos los países donde hoy existen, y los comerciantes de estas naciones atraídos por el aliciente de la ganancia, introducirían en España los productos extranjeros, sin que fueran bastantes á impedir el contrabando, ni las leyes, ni las aduanas con toda su falange de carabineros, porque el afán del lucro atropella por todo.

Muerto nuestro comercio exterior, moriría tambien el interior, y con él la industria; nos veríamos arruinados y la miseria y el hambre, invadiendo el territorio todo, producirían una revolución en que los trabajadores mismos serían los primeros en clamar por el restablecimiento de las máquinas.

Reasumiremos para concluir. Hemos demostrado que las máquinas aun cuando de pronto perjudiquen á determinado número de personas, producen desde luego un aumento de producción que, abaratando los objetos, fomenta nuevas industrias ó desarrolla las mismas creadas, siendo el bien general para la nación entera.



Creemos también haber probado que su abolición es una medida absurda que ningún gobierno se atrevería a dictar; y quedando establecido que el desarrollo de la industria es el medio de aumentar la riqueza, difundiendo el bienestar y proporcionando a la clase proletaria los medios de procurarse todos aquellos objetos que la baratura del precio pone a su alcance, para que pueda gozar de las comodidades reservadas antes, solo a los ricos, nos parece queda evidentemente sentada la utilidad de las máquinas.

J. B. CANTERO.

## ¿PUEDEN LOS GOBIERNOS DISPONER

DE LOS BIENES DE LA IGLESIA (a)?

### I.

Al aceptar los pueblos el cristianismo se obligaron a proveer a la sustentación del culto y de los eclesiásticos. *Digno es el trabajador de su sustento* había dicho Jesucristo (1); pero no dió reglas sobre la clase, ni sobre la cantidad de este, sino que dejó al arbitrio de las naciones fijar la una y la otra con arreglo a los tiempos y a las circunstancias. *Y en cualquier ciudad en que entrareis y os recibieren*, previno a sus discípulos al enviarlos a enseñar la nueva doctrina, *comed lo que os pusieren delante* (2). *Y permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que ellos tengan* (3). Lícito era por lo tanto a los gobiernos variar los medios de sustentación; y cuando la propiedad eclesiástica llegó a ser dañosa a los pueblos, no vacilaron en disponer de ella subviniendo convenientemente a la dotación del culto y de sus ministros.

La escuela ultramontana que siempre ha pospuesto los principios a los intereses materiales, les negó esa facultad, y no ha cesado desde entonces de hacer los mayores esfuerzos para que aparezca en tela de juicio lo que es a todas luces evidente.

De esta cuestión vamos a ocuparnos; vamos a examinar si pueden los gobiernos disponer de los bienes de la Iglesia, sustituyendo a ellos otros medios de sustentación del culto y sus ministros.

### II.

Axioma es de derecho de gentes, que la soberanía de la nación se extiende a cuanto hay susceptible de propiedad en todo su territorio, y que tanto en los bienes inmuebles como en los muebles le pertenece el dominio y el imperio.

De él se deduce que la nación tiene el derecho exclusivo de legislar acerca de la adquisición, retención y pérdida de la propiedad; regla que no admite limitación alguna en cuanto a los inmuebles, y que sancionan nuestras leyes (4), los códigos civil francés (5), de

(a) Al tratar en el número segundo de este año, de la ley votada por el Congreso, que dispone la enagenación de los bienes eclesiásticos permutados con el clero en virtud del último Concordato, ofrecemos ocuparnos ampliamente de la cuestión, de si pueden los gobiernos disponer de los bienes de la Iglesia. En este artículo, que terminará en el número inmediato, la ventilamos ampliamente.

(1) «Dignus est operarius cibo suo.» San Mateo, capítulo 10, v. 10.

(2) «Et in quacumque civitatem intraveritis et susceperint vos manducate quæ apponitur vobis.» San Lucas, cap. 10, v. 8.

(3) «In eadem autem domo manete edentes et bibentes quæ apud illos sunt.» San Lucas, cap. 10, v. 7.

(4) Ley 13, tit. 14, Part. 3.<sup>a</sup> y 12, tit. 1.<sup>o</sup>, Part. 1.<sup>a</sup>

(5) Part. 1.<sup>a</sup>, art. 3.<sup>o</sup>, párrafo 2.<sup>o</sup>

Prusia (6), Austria (7), Cerdeña (8), Vaud (9), Berna (10), Friburgo (11), Holanda (12), Baviera (13), Polonia (14) y la Luisiana (15), el *common law* de Inglaterra y de los Estados-Unidos, y muchos tratados internacionales (16), y que tan solo en los muebles tiene en casos determinados leves escepciones, no reconocidas, sin embargo, en todos los países (17), ni por todos los escritores (18), cuando se hallan en poder de los que no son súbditos y debe observarse el *estatuto personal*; así como también que puede gravar la propiedad de las corporaciones y particulares, con aquellos tributos que juzgue necesarios para el sostenimiento de las cargas públicas.

Estos principios son tan aplicables a los bienes de la Iglesia, como a todos los demás que se encuentran en el territorio del Estado. Del mismo modo que las otras corporaciones y que los particulares no puede la Iglesia adquirir ni retener la propiedad, sino en virtud de las leyes de la nación en que haya de verificarlo y con arreglo a las prescripciones de las mismas, la pierde cuando ellas lo determinan, y su propiedad está sujeta a los tributos que los gobiernos crean necesarios para atender en la parte que le corresponda a los gastos generales. La cualidad de súbditos del Estado que tienen los que pertenecen a la Iglesia, separa de los bienes eclesiásticos los pocos motivos de exención de la ley nacional que respecto de los muebles se conocen.

Pero como desde Cicerón (19) hasta Grocio (20) y desde Grocio hasta nuestros días (21), han convenido todos en que el bien público es el objeto de la sociedad, y como esta se halla en la imprescindible obligación de promoverlo, sin consideración a los medios de que al efecto tenga que valerse, y de remover los obstáculos, de cualquier naturaleza que sean, que a su consecución se opongan, no se limitan a esto los derechos de la nación. Ocasiones hay en que la necesidad de conservarse, de buscar su perfeccionamiento, hacia el cual debe caminar constantemente, ó, por regla general, la utilidad pública, le exigen que disponga de los bienes existentes en su territorio, y no podría corresponder a su objeto si careciese de la facultad de hacerlo así. En virtud del *dominio eminente* puede entonces

(6) Párrafo 52, introducción al código general.

(7) Art. 500.

(8) Art. 12.

(9) Art. 2.<sup>o</sup>

(10) Art. 4.

(11) Art. 1.<sup>o</sup>

(12) Art. 7.

(13) Parte 1.<sup>a</sup>, cap. 2, pár. 17.

(14) Art. 3.

(15) Art. 9.

(16) El de Baden con Wurtemberg de 1823, art. 22: «Los actos concernientes a los derechos reales, como la transmisión de la propiedad, la constitución de hipotecas y otros análogos, se regirán exclusivamente por la ley del lugar donde se hallen situados los bienes a que se refieran.»

Y los de Prusia con Sajonia de 14 de octubre de 1859; con Sajonia Weimar de 25 de junio de 1824; con Sajonia Altemburgo de 18 de febrero de 1852; con Sajonia Coburgo Gotha de 25 de diciembre de 1853; con Reuss-Planen de 5 de junio de 1854; con Schwarzbourg-Rudolstadt de 12 de agosto de 1840; con Anhalt-Bernbourg de 9 de setiembre de 1840, y con Brunswick de 4 de diciembre de 1841, art. 4.<sup>o</sup> é igual en todos: «Los contratos que tengan por objeto la adquisición de un derecho real sobre inmuebles se regirán «exclusivamente» por la ley del lugar donde se hallen estos situados.»

(17) Los códigos de Baviera, part. 1.<sup>a</sup>, cap. 2, pár. 17, y de Berna, art. 4.<sup>o</sup> no establecen diferencia alguna entre los muebles y los inmuebles; sujetándolos todos a las leyes de la nación.

Lo mismo sucede en la Luisiana.

(18) Tittmann, Mühlenthal, Eichhorn y Wachter sostienen que los muebles están sometidos lo mismo que los inmuebles, sin excepción alguna, a la ley del Estado en que se hallan.

(19) «De república» lib. 1.<sup>o</sup>, pár. 25.

(20) «De jure belli et pacis» Lib. 1.<sup>o</sup>, cap. 1.<sup>o</sup>, pár. 14.

(21) Wheaton, «Eléments du droit international» part. primera, cap. 2.<sup>o</sup> pár. 2.<sup>o</sup>



disponer no tan solo de los públicos sino tambien de los que posean las corporaciones y los particulares, á quienes se presume que no han sido otorgados por las leyes sino con esta condicion; derecho que se cuenta entre los de soberanía (22), que nadie ha dejado de reconocer á la nacion (23), y de cuyo uso estamos viendo continuamente ejemplos en las espropiaciones forzadas por causa de utilidad pública.

Esta facultad alcanza á todos los bienes que están dentro de los límites del territorio de cada Estado, sin escepcion de ninguna clase. Allí donde la hubiera no tendria la nacion el dominio; careciendo de este no podria ejercer el imperio, y su resultado inmediato seria el absurdo de que no tuviese la soberanía en parte del territorio ó de las cosas en cuyo todo es soberana.

Indudable es, por lo tanto, que las naciones pueden disponer de los inmuebles y muebles que la Iglesia tenga en sus respectivos territorios, puesto que su derecho de espropiacion se estiende sobre todos los que hay en ellos, sin que sea compatible con la idea de la soberanía la existencia de la mas mínima escepcion.

Y si ellas tienen este derecho forzoso es reconocérsele tambien á los gobiernos que son sus representantes, y á los cuales pueden dar todas sus atribuciones.

### III.

Cuando con tal empeño se ha sostenido, no obstante, lo contrario, parece que debiera haber alguna razon que eximiese á la propiedad de la Iglesia de la regla general. Pero lejos de ser así, resulta que los gobiernos de las naciones donde no se profesa mas religion que la católica, pueden disponer de esos bienes con mas libertad que de los que se hallan en poder de las corporaciones y particulares; demuestra el Evangelio que Jesucristo no quiso privar de ninguno de sus derechos á los Estados ni á los gobiernos, que tampoco intentó despojar á las naciones de su soberanía en los bienes, y que no concedió facultades á la Iglesia para cercenar los unos ni la otra; la historia que la potestad secular conservó despues de Jesucristo y de la adopcion de su doctrina, los derechos que antes le correspondian sobre los bienes que la sociedad eclesiástica no adquirió sino en virtud de la ley civil, y que desde entonces hasta nuestros dias han ejercitado los gobiernos sin la menor interrupcion todos sus derechos en los bienes de la Iglesia; las obras de los Santos Padres, que si la Iglesia posee es por concesion de la autoridad temporal, y que esta puede dar leyes sobre su propiedad y disponer de ella; y, finalmente, la legislacion eclesiástica que, comprendiendo la Iglesia que sus facultades no podian ser mayores que aquellas de que hizo uso Jesucristo, y que no se estendian á quitar las suyas á las naciones y á los gobiernos en los bienes que pasaban á su poder, se las ha reconocido siempre.

### IV.

En medio de cuanto se ha disputado acerca de á quienes pertenece la propiedad de los bienes eclesiásticos, resulta de un modo evidente que en cada Estado la tiene la Iglesia nacional, entendiéndose por Iglesia no lo que vulgarmente se comprende, esto es, el gobierno eclesiástico ó el clero, que no es mas que una parte de ella, sino la congregacion de todos los fieles, tanto clérigos como legos, que siguen la doctrina de Jesucristo, que es lo que se desprende de la etimología

(22) Vattel, «Droit des gens,» lib. 1.º cap. 20, pár. 243.  
(23) Lermier, «Philosophie du droit,» lib. 2.º cap. 4.º—Heffter «Das europäische Völkerrecht,» pár. 64 y siguientes.—Rutherford's «Institutions of national law,» 2.º, cap. 9, párrafo 6.—Vattel, «Droit des gens,» lib. 1.º, cap. 20, pár. 243.—Wheaton, «Eléments du droit international,» part. 1.ª cap. 4.º pár. 3.º

de la palabra *Iglesia*. En cada país son, en su consecuencia, de todos los que forman parte de la Iglesia en él, ó lo que es lo mismo, de todos los súbditos de la nacion en las que no es permitida otra religion que la católica.

Desde que Constantino concedió la facultad de adquirir no al gobierno eclesiástico ni al clero, sino al *santissimo catholico Ecclesiae venerabilique* CONCILIO (24), hasta que Pio IX ha declarado que los Estados Pontificios no son suyos sino de todos los católicos (25), ha habido siempre motivos de sobra para creerlo así.

En todas épocas ha consignado la Iglesia que los bienes que poseia eran el patrimonio de los pobres. Desde los primeros tiempos se destinaron á su socorro las ofrendas. Los cánones llamados apostólicos (26), el Concilio de Antioquia (27) y el cuarto de Cartago (28), encargan á los clérigos que no tomen de los bienes mas que lo preciso, y solo en el caso de que les haga falta, para que los pobres, á quienes pertenecen, no sean desatendidos. Cuando se hicieron partes de las rentas eclesiásticas, una de ellas se dedicó á los pobres. Para alimentarlos en tiempo de hambre y para redimir cautivos, es lícito vender las propiedades de la Iglesia, segun las leyes de esta (29); y ejemplos hay como el de San Ambrosio (30), San Cesáreo (31), y los obispos de Arlés (32), Cartago (33), y Nola (34), Hilario Deogracias y Paulino, que dispusieron con tal fin hasta de los cálices y ornamentos. San Agustin sostiene, que cuando los ministros del altar tienen para vivir, no deben tomar nada de los bienes eclesiásticos que corresponden entonces á los pobres solamente (35). San Bernardo (36) quiso que se les diera cuanto escude de lo absolutamente necesario para el sostenimiento del culto y del clero; máxima que inculcó tambien Benedicto XIV (37). Finalmente, el Concilio de Trento hace igual declaracion (38).

Ese cuidado porque los clérigos los usen moderadamente; la prohibicion de enagenarlos que la Iglesia les impuso; las disposiciones encaminadas á que á la muerte de los que la sirven no pasen á sus herederos lo que tuviesen de ella, indican suficientemente que el clero no es mas que el administrador de tales bienes.

La participacion que todos tienen, por lo tanto, en su propiedad, les da un carácter muy semejante al de los públicos, y á la nacion, no ya el dominio eminente en ellos, sino el inmediato y pleno, como á verdadera propietaria, con todas sus consecuencias.

### V.

Nada mas distante de los propósitos de Jesucristo que desconocer ni limitar las facultades de las naciones y de los gobiernos. Así lo vemos pagar el tributo (39), decidir que todos estaban obligados á satisfacer-

(24) Loy 1, cod de sacr. Eccl.

(25) En su contestacion á la carta en que el emperador de los franceses le proponia que renunciara al poder temporal en las provincias insurreccionadas contra su gobierno.

(26) El 12 y el 41.

(27) Cánón 23.

(28) Cánón 13.

(29) Cánones 14, 15 y 60, caus. 12, cuest. 2, Decreto.

(30) Paulino. «vida de San Ambrosio.»

(31) Cantú, Hist. Univ. lib. 8, cap. 16. «Jesucristo comia en una vasija de barro y no de plata,» decia al vender los cálices para socorrer á los menesterosos.

(32) Cantú, Hist. Univ., lib. 7 cap. 18.

(33) Idem, lib. 7, cap. 16.

(34) Idem.

(35) Epist. 185 «ad Bonifacium.»

(36) Apol., cap. 11.

(37) «De Synodo Diocesane,» lib. 7, cap. 2.

(38) Ses. 25 de Reform., cap. 1.

(39) De los «didracmas» ó capitacion, impuesto por Augusto á



lo (40), negarse á juzgar á la mujer adúltera (41) y á mandar que uno partiese con su hermano la herencia que habia tenido (42), reconvenir á San Pedro porque hizo armas contra los que iban á prenderlo (43), someterse á la jurisdiccion de Herodes (44) y á la de Pilatos (45); y declarar que este tenia autoridad legítima sobre él (46). Sus tres frases *dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios* (47), *¿quién me constituyó juez entre vosotros?* (48), y *mi reino no es de este mundo* (49), y la resolución que adoptó de evitar con la fuga que lo hicieran rey los testigos del milagro de los panes y los peces (50), dan idea de la diferencia que quiso establecer entre su mision y la de los gobiernos.

Pero en lo que señaladamente no introdujo alteraciones fué en las que les correspondian sobre toda clase de bienes. Opuesto era á su doctrina que la Iglesia fuese propietaria, y esto solo induce á creer que no le concedería privilegios acerca de una propiedad que no podía adquirir sin faltar á sus mandatos.

El mismo le dió ejemplo en este punto, pasando toda su vida en la pobreza. Hasta que comenzó su predicacion vivió como un artesano (51), y á contar desde entonces ni tuvo *donde reclinar la cabeza* (52) ni mas medios de subsistencia que los que le proporcionaba la caridad de las piadosas mujeres que lo seguian (53).

los judios. Cada individuo pagaba un «didracma» ó dos «dracmas», cada una de las que equivalia próximamente á dos reales.

«Vade ad marem», dijo Jesucristo á San Pedro, «et mitte hamum; et eum pisces qui primus ascenderit tolle; et aperto ore ejus invenies staterem; illum sumens da eis pro me et te.» San Mateo, cap. 17, v. 25.

(40) «Licet census dare Cesari aut non?» le preguntaron los fariseos.

«Ostenditi mihi», les dijo, «numisma census. At illi obtulerunt ei denarium.»

«Et ait illis Jesus; cujus est imago hæc, et superscriptio?» «Dicunt ei: Cesaris. Tunc ait illis: Redite ergo quæ sunt Cesaris, Cesaris; et quæ sunt Dei, Deo.»

San Mateo, cap. 22, v. 17, 19, 20 y 21.

(41) «Nemo te condemnavit?» le preguntó.

«Quæ dixit: Nemo, Domine. Dixit autem Jesus: Nec ego te condemnabo.»

San Juan, cap. 8, v. 10 y 11.

(42) «Ait autem ei quidam de turba: Magister, dic fratri meo ut dividat meum hæreditatem.»

«Et ille dixit illi: Homo, quis me constituit judicem aut divisorem super vos?»

San Lucas, cap. 12, v. 13 y 14.

(43) «Tunc ait illi Jesus: converte gladium tuum in locum suum: omnes enim qui acceperint gladium, gladio peribunt.»

San Mateo, cap. 26, v. 52.

(44) San Lucas, cap. 23, v. 8 al 11.

(45) San Mateo, cap. 26, v. 11 al 27.—San Marcos, cap. 15, v. 1 al 16.—San Lucas, cap. 23, v. 1, 2 y 3.

(46) «Respondit Jesus: Non habetis potestatem ad versum me ullam nisi tibi datum esset de super.»

San Juan, cap. 19, v. 11.

(47) Nota 40.

(48) Nota 41.

(49) «Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent ut non tradetur Judeis: nunc autem regnum meum non est hinc.»

San Juan, cap. 18, v. 36.

(50) «Jesus ergo cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum et facerent eum Regem fuget interum in montem ipse solus.»

San Juan, cap. 6, v. 15.

(51) «Nonne hic est faber, filius Mariæ, frater Jacobi et Joseph, et Judæ et Simonis?» decian los de Nazareth al oírlo predicar el Evangelio. «Nonne et sorores ejus hic noviseum sunt? Et scandalizabantur in illo.»

San Marcos, cap. 6, v. 3.

(52) «Et dicit ei Jesus: Vulpes foveas habent, et volacres celi nidos: filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.»

San Mateo, cap. 8, v. 20.

(53) «Et Joanna uxor Chusæ procuratoris Herodis, et Susanna et alie multe quæ suminstrabant ei de facultatibus suis.»

San Lucas, cap. 8, v. 3.

Ocasiones hubo en que sintió el hambre (54), y otras en que para acallar la de los que iban con él se vió precisado á valerse de milagros (55). De un milagro tuvo que echar mano tambien para poder pagar el tributo (56), y cuando murió no era dueño de otra cosa que de sus modestos vestidos, sobre los cuales echaron suertes los soldados (57).

Tampoco quiso que sus discipulos poseyeran. No *tengeis oro ni plata* (58) les decia; *no procureis atesorar en la tierra sino en el cielo* (59), *porque donde está vuestro tesoro estará tambien vuestro corazon* (60); *despojaos de toda avaricia* (61); *no trabajéis por el sustento sino por la vida eterna* (62); *no andéis afanados por la comida, ni por la bebida, ni por el vestido* (63), *porque por estas cosas se afanan las gentes del mundo* (64), *y vosotros no sois de este mundo* (65).

No tan solo les prohibia adquirir sino que les mandaba desprenderse de todo lo que tuvieran. *Vended lo que poseéis* (66) añadia; *aquel de vosotros que no renuncie á todo lo que posee no puede ser mi discipulo* (67); *no podéis servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas* (68); *¿con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que son ricos?* (69).

Siempre reprobó el apego al lucro que tenian los sa-

(54) «Mané autem revertens in civitatem essurit.»

«Et videns fici arborem unam secus viam venit ad eam: et nihil invenit in ea.»

San Mateo, cap. 21, v. 18 y 19.

(55) Como el de los dos peces y los cinco panes, (San Mateo, cap. 14, v. 13 al 21), el de los siete panes y los peces (San Mateo, cap. 15, v. 32 al 39) y este otro de que hace referencia San Juan, cap. 21, v. 3 y 6.

«Dixit ergo eis Jesus (á los apóstoles): Pueri, num quid pulmentarium habetis? Responderunt ei: Non.»

«Dixit eis: Mittitem dexteram navigii rete: et invenietis. Miserunt ergo; et jamnon valebant illud trahere præ multitudine piscium.»

(56) Nota 59.

(57) San Juan, cap. 19, v. 23 y 24.

Para evitar que su madre quedase en la indigencia, no pudo hacer otra cosa que recomendarla á San Juan: «Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit discipulus in suam.» (San Juan, cap. 19, v. 27).

Los discipulos de Jesucristo tuvieron que subvenir á los gastos de su inhumación.

«Et José de Arimatea posuit illud in monumento suo novo.» (San Mateo, cap. 27, v. 60).

«Joseph autem mercatus sidonem et deponens eum involvit in sidon.» (San Marcos, cap. 15, v. 46).

«Et cum transisset sabbatum Maria Magdalena, et Maria Jacobí, et Salome emerunt aromata ut venientes ungerent Jesus.» (San Marcos, cap. 16, v. 1.)

(58) «Nolite possidere aurum neque argentum.» San Mateo, cap. 10, v. 9.

(59) «Nolite thesaurare vobis thesauros in terra.»

«Thesaurizate autem vobis thesauros in celo.»

San Mateo, cap. 6, v. 19 y 20.

(60) «Ubi enim thesaurus vester est ibi et cor vestrum erit.» San Lucas, cap. 12, v. 34.

(61) «Et cavete ad omnis avaritiam.» San Lucas, cap. 12, v. 15.

(62) «Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam eternam.» San Juan, cap. 6, v. 27.

(63) «Nolite ergo solliciti esse dicentes: Quid manducabimus aut quid bibemus, aut quo operiemur.» San Mateo, cap. 6 v. 31.

(64) «Hæc enim omnia gentes mundi quærent.»

«Verumtamen quærite primum regnum Dei et justitiam ejus.»

San Lucas, cap. 12, v. 30.

(65) «De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo.» San Juan, cap. 17, v. 16.

(66) «Vendite quæ possidetis.» San Lucas, cap. 12, v. 35.

(67) «Sic ergo omnis ex vobis qui non renuntiat omnibus quæ possidet non potest meus esse discipulus.» San Lucas, cap. 14, v. 33.

(68) «Non potetis Deo servire et mammonæ.» San Lucas, cap. 16, v. 13.

(69) «Quam difficile qui pecunias habent in regnum Dei introibunt!» San Marcos, cap. 10, v. 25.



cerdotes de la antigua ley. *Ay de vosotros, hipócritas, esclamaba, que devorais las casas de las viudas con pretexto de largas oraciones!* (70); *ay de vosotros que exigís el diezmo hasta de las cosas mas insignificantes!* (71).

La primera condicion que imponía á los que abrazaban su doctrina era que se desposeyeran de todos sus bienes, prometiéndoles en cambio el centuplo en este mundo y despues la vida eterna (72). Hasta los mismos apóstoles tuvieron que cumplirla y que dejar para seguirlo *todo lo que tenían* (73). *Vende cuanto posees y ven y sígueme* (74) fué constantemente su precepto.

No ordenaba estas enagenaciones para que redundaran en provecho suyo, ni de sus discípulos, sino en el de los pobres. *Vended lo que poseéis y dad limosna*, encargaba á los apóstoles (75); *vende cuanto tienes y dá el producto á los pobres* (76), decia á todo el que escuchaba su doctrina. Los pobres fueron uno de los principales objetos de su solicitud; *¡dad limosna sobre todo!* (77), *dad limosna y seréis premiados en la resurreccion de los justos* (78), predicaba convirtiendo la limosna en la accion mas meritoria del cristiano.

De la ley antigua se deducia ya la prohibicion de que la Iglesia poseyera inmuebles. Al repartir el mismo Dios las tierras al pueblo de Israel no asignó porcion á la tribu de Levi (79), destinándole el diezmo en cambio (80). Estableció además que los individuos de ella, que eran los encargados de las funciones sacerdotales (81), no pudieran adquirir en lo sucesivo bienes raices (82). Pero Jesucristo fué mas allá aun vedándole la posesion de estos y de los muebles.

Que no concedió facultades á la Iglesia para disminuir las de los estados en general ni las que tenían respecto de los bienes es evidente. Jesucristo no auto-

rizó á sus discípulos para mas que para que enseñasen la observancia de las cosas que les habia mandado (83), y entre ellas no hay ninguna que les diese atribuciones para despojar de sus derechos á la potestad temporal. Atentando á ellos la Iglesia, hubiera desplegado un poder mayor que aquel de que hizo uso Jesucristo, y segun la doctrina de este *el discípulo no puede ser mas que su maestro* (84).

Por otra parte, Jesucristo les previno que los llevarian ante los magistrados y los reyes (85), que los harian comparecer en las audiencias (86) y azotar en las sinagogas (87), que los matarian (88), que á nada opusieran resistencia (89), que cuando los persiguiesen en una ciudad se fueran á otra (90), y todo ello se aviene muy mal con que los hubiera hecho superiores á los gobiernos.

No porqué se separaran de él y entrasen en el ejercicio de su sagrado ministerio quiso que dejaran de observar la prohibicion de poseer. Al enviarlos á predicar el Evangelio les encargó que no llevaran dinero (91), y que no tuvieran mas ropa que la puesta (92); y para demostrarles que su mision no era un medio de adquirir riquezas, que confriesen gratuitamente los sacramentos (93).

## VIII.

La historia nos enseña que en los primeros tiempos no se apartó la Iglesia de las máximas de su fundador acerca del respeto debido á las atribuciones de los gobiernos y á la prohibicion de poseer.

Los apóstoles predicaban que todos estaban sujetos á la potestad temporal (94), que era *necesario y casos de conciencia* obedecerla (95), que caminaban á su condenacion los que le resistian (96), y que tenia el derecho

(70) «Vae vobis, scribae et pharisaei, hypocritae; quia comeditis domos viduarum orationes longas orantes.» San Mateo, cap. 25, v. 14.

(71) «Vae vobis, qui decimatis mentham, et anetum, et cuminum!» San Mateo, cap. 23, v. 23.

(72) «Amen dico vobis: Nemo est qui relinquerit domum... aut agros.»

«Qui non accipiat centies tantum nunc... et in saeculo futuro vitam aeternam.»

San Marcos, cap. 10, v. 29 y 30.

(73) «Relictis omnibus sequenti eum.» San Lucas, cap. 5, v. 11. «Et cepit Petrus dicere (á Jesucristo); Ecce nos dimisimus omnia et secuti sumus te.» San Marcos, cap. 10, v. 28.

«At illi continuo (Simon y Andrés) relictis retibus secuti sunt eum.» San Mateo, cap. 4, v. 20.

«Illi autem (Santiago y Juan) statim relictis retibus et patre, secuti sunt eum.» San Mateo, cap. 4, v. 22.

(74) «Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes et da pauperibus, et habebis thesaurum in caelo; et veni et sequere me.» San Mateo, cap. 19, v. 21.

(75) «Vendite quae possidetis et date eleemosynam.» San Lucas, cap. 12, v. 33.

(76) Nota 74.

(77) «Verumtamen quod super est date eleemosynam.» San Lucas, cap. 11, v. 41.

(78) «Venite benedicti patris mei, possidete paratum vobis regnum á constitutione mundi.»

«Esurive enim, et dedisti mihi manducare; sitiivi, et dedisti bibere; hospes erat et collegistis me.»

San Mateo, cap. 25, v. 34 y 35.

(79) «Non habent sacerdotes et Levitae, et omnes qui de eadem tribu sunt partem et hereditatem cum reliquo Israel.» Deuteronomio, cap. 18, v. 1.

(80) «Filiis autem Levi dedi omnes decimas Israelis in possessionem.»

Números, cap. 18, v. 21.

(81) «Solis filiis Levi mihi in tabernáculo servientibus et portantibus peccata populi.»

Números, cap. 18, v. 23.

(82) «Legitimum sempiternum erit in generationibus vestri. Nihil aliud possidebunt.» Números, cap. 18, v. 23.

«Et nihil aliud accipient de possessione fratrum suorum.» Deuteronomio, cap. 18, v. 2.

«Dixit que dominus ad Aaron: In terra eorum nihil possidebitis.» Números, cap. 18, v. 20.

(83) «Euntes ergo, docite omnes gentes...»

«Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.»

San Mateo, cap. 28, v. 19 y 20.

«Vos amici mei estis si feceritis quae ego praecipio vobis.» San Juan, cap. 13, v. 14.

(84) «Non est discipulus super magistrum.»

«Sufficit discipulo ut sit sicut magister ejus.»

San Mateo, cap. 10, v. 24 y 25.

(85) «Et ad praesides et ad reges ducemini.» San Mateo, cap. 10, v. 18.

(86) «Tradent enim vos in conciliis.» San Mateo, cap. 10, v. 17.

(87) «Et in synagogis suis flagellabunt vos.» Idem.

(88) «Tunc tradent vos in tribulationem et occident vos.» San Mateo, cap. 24, v. 9.

(89) «Ego autem dico vobis non resistere malo.»

«Sed si quis te percusserit in dexteram mexillam tuam probe illi et alteram.»

«Et ei qui vult tecum iudicio contendere et tunicam tuam tollere dimitte ei et pallium.»

San Mateo, cap. 5, v. 39 y 40.

(90) «Cum autem persequentur vos in civitate ista fugite in aliam.»

San Mateo, cap. 10, v. 23.

(91) «Et praecipit eis ne quid tollerent in via nisi virgam tantum, non peram, neque in zona aes.» San Marcos, cap. 6, v. 8.

(92) «Sed calceatos sandaliis et ne induerentur duabus tunicas.» Idem v. 9.

(93) «Gratis accepisti, gratis date.» San Mateo, cap. 10, v. 8.

(94) «Omnis anima potestatibus subdita sit. Non est enim potestas nisi á Deo: quae autem sunt á Deo ordinate sunt.» San Pablo, Epist. á los romanos, cap. 13, v. 1.

Otro tanto dice San Pedro, Epist. 1.ª, cap. 2.ª.

Y lo mismo sostiene el canon 83 de los apostólicos.

(95) «Ideo necessitate subditi estote non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.» San Pablo, Epistola á los romanos, cap. 13, v. 5.

(96) «Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit. Qui autem resistit ipsi sibi damnationem acquirunt.» San Pablo, Epistola á los romanos, cap. 13, v. 2.



de imponer tributos (97) y todos la obligación de pagarlos (98). Encargaban también a sus discípulos que lo inculcaran así (99), y que hicieran rogativas por los gobiernos (100), cosa *agradable* a Dios (101).

Sus actos correspondían a su enseñanza. San Pablo reconoció que Félix, Festo y Agripa tenían autoridad sobre él (102); invocaba para impedir que lo azotasen, no su carácter sagrado, sino los derechos de ciudadano de Roma (103); y declaró, por inspiración divina, que *convenía* que lo juzgara el César (104), para ante el cual interpuso apelación (105).

Tanto ellos como los que les sucedieron, se despoñían de todos sus bienes (106), condenándose voluntariamente a la pobreza. Recordando que Jesucristo había dicho que era más meritorio dar que recibir (107) no querían hacer uso del permiso que les concedió para que vivieran del altar (108), y se ejercitaban, por el contrario, en obras de misericordia (109). Trabajaban *noche y día* (110) para ganar el sustento *con sus propias*

*manos* (111) y frecuentemente tenían hambre y sed, y andaban casi desnudos (112). Nada pedían para sí; encargaban a los fieles que *sobre todo* dieran limosna (113), pero no a ellos, sino a los pobres (114). La primera cualidad que buscaban en los que iban a ordenar, era que no fuesen codiciosos (115). Tan solo por su mayor piedad se diferenciaban del resto del pueblo cristiano los obispos, los presbíteros y los diáconos.

San Pedro no tenía *oro ni plata* (116), Santiago el menor ni aun para cubrir su desnudez (117), San Pablo se gloriaba de no ser gravoso a nadie, y *con fatiga y con trabajo* (118) ganaba su sustento en el taller de Aquila (119).

Los que se convertían imitaban a los ministros de la nueva creencia; cuantos eran dueños de *casas, campos* u otros bienes los vendían, y daban su precio a los pobres (120).

No se conocía entre ellos la palabra *propiedad* (121), cuanto poseían era común (122). Todos tenían acceso a los *agapes*, y parte en las distribuciones.

## IX.

Posteriormente y hasta el siglo IV fué la Iglesia una carga muy ligera para los pueblos, con arreglo a la voluntad de Jesucristo (123).

(97) «Idco enim trituta prestatis: Ministri enim Dei sunt in hoc ipsum servientes.» San Pablo, Epístola a los Romanos, capítulo 13, v. 6.

(98) «Reddite, ergo, omnibus debita: cui tributum, tributum: cui vectigal, vectigal.» San Pablo, Epístola a los Romanos, capítulo 13, v. 7.

(99) «Admone illos principibus et potestatibus subditos esse, dicto obedire.» San Pablo, Epístola a Tito, cap. 3, v. 1.

(100) «Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes...»

«Pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt.»

San Pablo, Epístola a Timoteo, cap. 1, v. 1 y 2.

(101) «Hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo.» San Pablo, Epístola a Timoteo, cap. 1, v. 3.

(102) Hechos de los Apóstoles, cap. 24, v. 1 al 27, y capítulo 25, v. 10, donde dice San Pablo a Festo.

«Ad tribunal Cæsaris sto, ubi me oportet judicari: Judæis non nocuit, sicut tu melius nosti.»

Y en el cap. 26, v. 2 a Agripa:

«De omnibus quibus accusor a Judæis, rex Agripa, æstimo me beatum, apud te eum sine defensurus me hodiè.»

(103) «Et cum astrinxissent eum loris dicant sibi centurioni Paulus: hominem romanum, et indemnatum, licet vobis flagellare?» Hechos de los Apóstoles, cap. 22, v. 25.

(104) «Astisti enim mihi hac nocte Angelus Dei cujus sum ego et cui deservio.»

Dicens: Ne timeas Paulus Cæsari te oportet assistere.»

Hechos de los Apóstoles, cap. 27, v. 25 y 24.

(105) «Cæsarem appello, tunc Festus respondit: Cæsarem appellasti? Ad Cæsarem ibis.»

Hechos de los Apóstoles, cap. 25, v. 11 y 12.

(106) «Los discípulos del Señor que poseían algunos bienes lo renunciaron voluntariamente todo después de la venida del Espíritu Santo, porque entonces aprendieron distintamente la naturaleza y condición del reino de Jesucristo, que llamándolos a predicar el Evangelio a toda la tierra, no les permitía poseer nada en propiedad, sino que los obligaba a abandonarse sin la menor excepción al cuidado de la divina Providencia.»

Scio, nota al v. 2, cap. 5.º del Evangelio de San Lucas.

(107) «Oportet... meminisse verbi Domini Jesu quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare quam accipere.» Hechos de los Apóstoles, cap. 19, v. 35.

(108) «Ita et dominus ordinavit iis qui Evangelium annuntiant, de Evangelio vivere?»

«Sed non uti sumus hac potestate: sed omnia sustinemus, ne quod offendiculum demus Evangelio Christi.»

San Pablo, Epístola a los Corintios, cap. 9, v. 12 y 14.

«Ego autem nullo horum usus sum.»

«Evangelium predicans sine samptu ponam Evangelium, ut non abutar, potestate mea in Evangelio.» Idem, v. 13 y 18.

(109) «Omnia ostendi vobis quoniam sic laborantes, oportet suspicere infirmos, ac meminisse verbi Domini Jesu quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare quam accipere.» Hechos de los Apóstoles, cap. 19, v. 35.

«Gratias agere debemus semper Deo pro vobis fratres ita ut dignum est quoniam supercrevit fides vestra et abundat charitas uniuscujusque vestrum invicem.» San Pablo, Epístola primera a los de Tesalónica, cap. 1, v. 3.

(110) «Neque gratis panem manducavimus ad aliquo, sed in labore et in fatigatione nocte et diè operantes nequam vestrum gravaremus.» San Pablo, Epístola segunda a los de Tesalónica, cap. 3, v. 8.

(111) «Et laboramus operantes manibus nostris.» San Pablo Epístola a los Corintios, cap. 4, v. 12.

«Ipsi scitis, decia San Pablo; quoniam ad ea quæ mihi opus erant et his qui mecum sunt ministraverunt manus istæ.» Hechos de los Apóstoles, cap. 19, v. 34.

(112) «Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus.» San Pablo, Epístola a los Corintios, cap. 4, v. 11.

(113) «Super omnia autem hæc charitatem habere quod est vinculum perfectionis.» San Pablo, Epístola a los Colosenses, v. 14.

«Charitas fraternitatis maneat in vobis.»

«Et hospitalitatem nolite oblivisci.»

San Pablo, Epístola a los Hebreos, cap. 13, v. 1 y 2.

«Divitibus præcipe. Bene agere, divites fieri in bonis operibus, facile, tribuere, communicare.»

San Pablo, Epístola a Timoteo, cap. 4, v. 17 y 18.

(114) Según San Pablo, Epístola a los Galatas, cap. 2, v. 10, lo que encargaban los Apóstoles a los cristianos, como uno de los cuales habla era:

«Tantum ut pauperum memores essemus.»

(115) «Oportet ergo Episcopum irreprehensibilem esse... Non cupidum.»

«Diáconos similiter non turpe lucrum sectantes.»

San Pablo, Epístola primera a Timoteo, cap. 3, v. 2, 3 y 8.

(116) «Petrus autem dixit: Argentum et aurum non est mihi: quod autem habeo hoc tibi do: in nomine Jesuchristi Nazareni, surge et ambula.» Hechos de los Apóstoles, cap. 3, v. 6.

(117) Cantú, Hist. Univ. Lib. 6, cap. 7.

(118) «Neque gratis panem manducavimus ad aliquo; sed in labore, et in fatigatione, nocte et diè operantes nequam vestrum gravaremus.»

San Pablo; Epístola segunda a los de Tesalónica, cap. 3, v. 8.

(119) «Post hæc egressus Athenis venit Corinthum.»

«Et inveniens quemdam Judæum nomine Aquila... et Priscillam uxorem ejus... accessit ad eos.»

«Et quia ejusdem erat artis manebat apud eos et operabatur: (erant autem scenofactoriæ artis.)»

«Et disputabat in Synagoga per omne Sabbatum.»

Hechos de los Apóstoles, cap. 18, v. 1 al 4.

(120) «Neque enim quisquam agens erat inter illos. Quod quod enim possessores agrorum aut domorum erant vendentes afferebant pretia eorum quæ vendebant.»

«Dividatur autem singulis prout cuique opus erat.»

Hechos de los Apóstoles, cap. 4, v. 34 y 35.

«Possessiones et substantias vendebant et dividebant illa omnibus prout cuique opus erat.» Idem, cap. 2, v. 45.

(121) «Nec quisquam eorum quæ possidebat aliquid suum esse dicebat.» Hechos de los Apóstoles, cap. 4, v. 32.

(122) «Omnes etiam qui credebant erant pariter et habebant omnia communia.» Hechos de los Apóstoles, cap. 2, v. 42.

(123) «Jugum enim meum suave est et onus meum leve.»



Las ofrendas voluntarias (124), y nada cuantiosas (125), de los fieles le bastaban para cubrir todas sus atenciones, y en gran parte las destinaba al socorro de los pobres y peregrinos (126). Los sacerdotes comenzaron á tomar de ellas para vivir, pero solo lo necesario y cuando no tenían otros medios (127). El culto no podía ser menos ostentoso. Arrojadlos los cristianos de las sinagogas se reunían en los cenáculos de las casas particulares (128); perseguidos después por el gobierno imperial tuvieron que ocultarse en las catacumbas; y ni en aquellos había otro adorno que algunas luces (129), ni mas lujo en estas, que los sepulcros de los mártires (130). Hasta los tiempos de Comodo y Pertinax, de Heliogábalo y de Alejandro Severo, esto es, hasta fines del segundo y principios del tercer siglo, no hubo iglesias; y en ellas, ni se veían imágenes, ni pinturas (131), ni cálices de metales preciosos, sino de madera, porque los *Sacramentos no necesitan oro* (132).

Con facilidad se comprende que durante las persecuciones, que, iniciadas por Neron no cesaron hasta Constantino, no podría la Iglesia adquirir ni poseer. Esta imposibilidad se extendió á los intervalos de paz que le proporcionaron algunos emperadores, porque habiendo sido aprobada como sociedad, no tenía la consideración de persona jurídica. Muchos casos nos presenta la historia de conversos que dieron sus bienes á los pobres, en la época anterior á Constantino (133); pero no hace mención ni de uno solo que donase ó legara á la Iglesia.

Los cristianos adquirían en esos momentos de tolerancia; pero entre sus adquisiciones y las de esta hay gran diferencia; no adquiría entonces la sociedad, sino el individuo, no el sectario de Cristo, sino el ciudadano de Roma. Se edificaban iglesias, pero tanto ellas como los solares y bienes muebles, no pertenecían á la asociación, sino á uno ó varios ciudadanos. A esta clase de propiedad, y no á la de la Iglesia, se refieren los edictos de Diocleciano y de Licinio.

## X.

Uno de los primeros actos de Constantino cuando abrazó la religión cristiana, fué dar á la Iglesia la facultad de adquirir lo que á la hora de la muerte quisieran dejarle de sus bienes (134) los súbditos del imperio; y tan solo desde entonces pudo ser propietaria.

Pero no renunció con esta concesión á sus derechos en los bienes que adquiriese, renuncia que hubiera sido nula, como la de todos los de soberanía; hizo, por el contrario, uso de ellos, poniendo límites á las adquisiciones.

(124) San Cipriano, *De eleemosynis*, San Agustín, *Serm.* 225, y San Gerónimo, *Epist.* 1.<sup>a</sup> *ad Heliod.* no dejan duda alguna de que era voluntario hacerlas.

(125) «Modicam unusquisque stipem menstrua, die, vel cum velit, et si modo possit, apponit; nam nemo compellitur sed sponte confert.» Tertuliano, *Apolog.* cap. 59.

(127) Cánones 12 y 41 de los apostólicos.—Concilio de Antioquia, canon 25.—Concilio 4.<sup>o</sup> de Cartago, canon 15.

(128) En un principio concurrían al templo con los judíos: «Petrus et Joannem ascendebant in templum ad horam orationis nonam.» Hechos de los Apóstoles, cap. 3, v. 1.

Que después se reunían en los cenáculos se desprende del diálogo *Philopatori* de Luciano, donde Critias asegura que vió á muchos de ellos congregados en un desván; y mas terminantemente aun de los *Hechos de los Apóstoles*, cap. 1, v. 13, y cap. 5, v. 42.

(129) Hechos de los Apóstoles, cap. 20, v. 7 y siguientes.

(130) Cantú, *Historia Universal*, Lib. 6, cap. 7.

(131) Petavio, *Teología dogm.* Lib. 6, cap. 15.

(132) S. Ambrosio, *de Offic.* Lib. 2, cap. 28.

(133) Desde José el levita (Hechos de los apóstoles; cap. 4. versículo 36 y 37), hasta San Antonio, Aglae y Fabiola.

(134) «Habeat unusquisque licentiam sanctissimo catholico Ecclesie venerabilique concilio, decedens bonorum quod optaverit relinquere.» Ley 1.<sup>a</sup> Cod. de sacros. Ecclesiae.

Su ley habla únicamente de bienes y como ya desde la época de las *Doce Tablas* estaba prohibido en Roma que el sacerdocio poseyera inmuebles (135) es creíble que hiciese relación nada mas que á los muebles; pero á parte de ello resulta en evidencia que no la autorizó para adquirir á título oneroso, ni por herencias, ni por donaciones, sino por legados, y que prohibió conferir órdenes á los ricos (136) para evitar que mandándole sus bienes empobreciesen á los seglares.

Aun así, bastó aquella ley para producir una revolución en la Iglesia. «Desde el momento en que las cosas divinas se ponen en contacto con las humanas, observa un escritor nada sospechoso (137), participan aquellas de la naturaleza de estas»; juntamente con la pobreza evangélica, perdió la Iglesia gran parte de su fervor, de su pureza y de su independencia (138).» *Aumentó su poder con las adquisiciones*, dice San Gerónimo (139), *pero sus virtudes disminuyeron.* Ya no fué fácil encontrar quien como en la época anterior se negara á aceptar las dignidades eclesiásticas; en las elecciones mediaron la intriga y el dinero, y hasta corrió la sangre (140); no se buscó el sacerdocio por el ministerio sino por lo que producía; en vez de reducirse á la pobreza los que enseñaban el Evangelio, buscaban los mendigos los cargos eclesiásticos para ser ricos (141); los obispos abusaron en perjuicio del clero de su potestad de administrar y distribuir las rentas, y hubo que dividirlos en partes, y obligarlos á que se valieran de *ecónomos* (142); la ambición, la avaricia y la hipocresía (143) sustituyeron á la humildad, al desapropio y la virtud; las heregías se multiplicaron y comenzaron los cismas; se consumó la separación entre los clérigos y los legos, y los gobernantes y los gobernados en la Iglesia; dedicó esta gran parte de la solicitud que hasta entonces había tenido exclusivamente por las cosas espirituales á la conservación y al aumento de las riquezas; teniendo que condescender por su causa con la autoridad temporal, llegaron los emperadores á ser sus jefes, y presidieron los con-

(135) «Impius ne audeto placare donis iram Deorum caute vota reddunt. Quocirca nequis agrum consecrato; auri, argenti eboris sacrandi modus esto.»

(136) Ley 6, Cod. Theod. de Episc. et cleric. Lib. 16.

(137) Cantú, *Historia Universal*, Lib. 7, cap. 4.

(138) *Id.* cap. 19.

(139) «Sic quæ ecclesia potentia quidem et divitiis major, sed virtutibus minor facta est.» Vita Malch.

(140) Esto último sucedió en la del papa S. Dámaso. Grandes intrigas se pusieron en juego en las de Siricio, Conon y Sergio; y en cuanto á dinero, basta citar la de Julio II.

(141) «Et sustinet eos ecclesia divites quos tenuit mundus antea mendicos.» San Gerónimo, *Epist.* «Ad Heliod.»

(142) Concilio de Calcedonia, canon 26.

(143) «Huye de aquellos á quienes veas cargados de cadenas manto negro y los pies descalzos, á pesar del frío. Entran en las casas de los nobles, engañan á pobres mujeres, é imponiéndose en la apariencia largos ayunos se indemnizan por la noche con muchos manjares.»

San Gerónimo, *Epist.* 18, «Ad Eustoch.»

«He visto individuos que habiendo renunciado al mundo solamente en el nombre, en nada han cambiado de vida. En vez de disminuirse han aumentado sus riquezas. Tienen la misma cohorte de esclavos; é igual pompa en sus festines.»

S. Gerónimo, *Epist.* 93, «Ad Rusticum.»

«Los primeros fieles vendían sus bienes y solo pensaban en amontonar tesoros en el cielo. Nosotros por el contrario los acrecentamos cada día con nuevas adquisiciones. De aquí es que se ha amortiguado aquel fervor primitivo.» San Cipriano, V. Scio, notas á los «Hechos de los Apóstoles» cap. 4.

«Tanta hoc tempore animos eorum habendi cupiditas, veluti tabes incessit; inhibeat possessionibus, prædia, excolunt, auro incubant, emunt, vendunt que, quæsti per omnia student, at siquis melioris propositi videntes neque negotiantes, quod est multo turpius, sidentes munera spectant, atque omne vitæ decus mercede corruptum habent, dum quasi venalem præferunt sanctitatem.» S. Sulpicio, *Lac. hist.* lib. 1.



cilios, nombraron los obispos y dieron leyes en materias puramente espirituales; los monjes abandonaron los desiertos, las grutas y sus extravagantes penitencias para ir á las poblaciones á habitar palacios y vivir en la abundancia; en último término, variando la caridad de rumbo no se pensó ya en dar limosna sino en dar á la Iglesia.

Escritores hay que atribuyen la causa de este cambio á la ilustración del clero (144); los hay también que le dan otras muy diversas (145); pero no puede desconocerse que fueron eclesiásticos los que erigieron en máxima, que bastaba hacer donaciones á la Iglesia para ganar el reino de los cielos (146). Verdad es que no faltaron Basilio, Gregorio, Crisóstomo, Agustín, Ambrosio y Jerónimo que imitaran en su virtud, desinterés y caridad á los apóstoles; pero no eran ya la regla general sino la excepción.

## XI.

Los sucesores de Constantino ejercitaron libremente los derechos de la autoridad temporal sobre los bienes adquiridos por la Iglesia.

La exención de tributos concedida por aquel (147), fué muy pronto revocada en cuanto á los reales (148); y no tan solo no opuso el clero resistencia sino que San Agustín (149) y San Ambrosio (150), encontrando la determinación justa, recordaron á los que dudaban el ejemplo y las máximas de Jesucristo.

Juliano confiscó las propiedades de la Iglesia y las distribuyó á los soldados (151); y al paso que los eclesiásticos censuraban su apostasía y que habiendo proclamado la libertad de cultos prefiriese la Iliada al Evangelio, no le disputaron el derecho con que dictó semejante resolución.

(144) Balmes, «Observaciones sobre los bienes del clero.»

(145) Muratori, «Antiq. Italic.»

(146) Hasta escribieron obras *ex profeso* para inculcarlo. Tal es la titulada *Adversus avaritiam* (Lib. 1.º) de Salviano, sacerdote que vivió en los últimos años del siglo iv y primeros del v.

Muratori, *Antiq. Italic.*, diss. 66, explica como se fué extendiendo esa creencia, y atribuye á los sacerdotes la causa de su propagación.

(147) Ley 1.ª, tit. 4, lib. 11, *Código Teodosiano*.

(148) Quizá por el mismo Constantino. De San Ambrosio (*Contr. Auxenc.*, 32) se deduce que á mediados del siglo iv, en cuyo tiempo escribió, pagaba la Iglesia tributos reales; y Constantino reinó hasta cerca de aquella época.

De las leyes 6 y 35 del *Código Teodosiano*, resulta también, que las iglesias de Tesalónica, Alejandría y Constantinopla, estaban eximidas por *privilegio especial* del pago de esta clase de contribuciones; prueba evidente de que las demás los satisfacían.

La disposición que á ello las obligaba fué renovada por Teodosio y Valentiniano III. (Leyes 13, tit. 2, lib. 10; 13, 18, 21 y 22, tit. 16, lib. 11, y 40, tit. 2, lib. 16 del *Código Teodosiano*); y Justiniano sujetó al pago de las cargas reales á las nuevas adquisiciones de la Iglesia (Novela 33), y al restituir á la de Africa los bienes de que la habían despojado los arrianos, previno que satisficiera esas mismas contribuciones. (Novela 37).

De todo lo que se desprende, que la Iglesia pagó constantemente tributos reales desde Constantino hasta Justiniano.

(149) «Apostólica doctrina est ut omnis anima potestatis sublimioribus subdita sit, et reddantur omnibus omnia, cui tributum tributum, cui vectigal vectigal, et cetera quæ salvo Dei nostri cultu constitutionis humanæ principibus reddimus, quando et ipse dominus ut nobis preberet exemplum tributum solvere non dedignatus est.»

De Catechizandis rudibus.

(150) «Si census Dei filius solvit quis tu tantum est qui non putas esse solvendum? Et ille census solvit qui nihil possidebat, tu autem qui sæculi sequeris lucrum, cur sæculi obsequium non recognoscas?»

Libro 5.º, cap. 5.º

(151) Es curiosa la razón que, según Cantú (*Hist. Universal*, lib. 7, cap. 7), dió para ello: «Puesto que la ley de Jesucristo promete á los pobres el reino de los cielos, quiero facilitar el camino de este á los eclesiásticos, haciéndolos pobres.»

Joviano le devolvió el privilegio de adquirir; pero apenas habían transcurrido algunos años cuando fué derogado por Valentiniano II (152). Los abusos que los clérigos cometían para proporcionar adquisiciones á la Iglesia lo impulsaron principalmente á ello; amenazando á los moribundos con el infierno y apartando á los ricos de las afecciones de la sangre, no perdonaban medio para obtener legados (153). La falta de caridad del que privaba á sus herederos de lo que poseía para dárselo á la Iglesia, era según aquellos *corredores de herencias* (154) el mayor merecimiento.

Los Santos Padres se dolían de qué Iglesia hubiese merecido la ley de Valentiniano (155); pero ni se quejaron de ella (156) ni pusieron su legitimidad en duda: y el papa San Dámaso se apresuró á publicarla en Roma sin hacer la menor observación.

Teodosio la anuló. Su época fué la mas brillante, en cuanto á poderío, de la Iglesia imperial. Constantino había favorecido el cristianismo, pero sin proscribir el politeísmo, que continuó siendo la religión del Estado, y ni Constantino ni Graciano concluyeron con la libertad de cultos. Pero Teodosio hizo de la religión de Cristo la nacional, derribó los templos paganos, persiguió á los herejes, convirtió las basílicas en iglesias, facilitó las adquisiciones, que, á contar desde entonces, fueron inmensas, y enalteció el poder episcopal hasta el punto de limitarse á San Ambrosio para obtener el perdón de un acto de su gobierno.

## XII.

Diversa fué la suerte de la Iglesia con posterioridad á Teodosio en Oriente y en Occidente.

Para conservar sus riquezas y tener intervención en el gobierno del estado, abdicó allí su independencia.

(152) Leyes 22 y 29, Cod., de Episcop. et cleric.

Pero además de estas que prohíben á las mujeres hacer donaciones y dejar bienes por última voluntad á la Iglesia, dió este emperador otra en que la prohibición fué general en cuanto á las últimas voluntades. Así lo hacen creer San Ambrosio; «Nobis etiam private successionebus emolumenta recentibus legibus denegatur.» (Epist. 31); y San Jerónimo; «Es vergonzoso que los sacerdotes de los ídolos, los cocheros y los cómicos adquieran bienes y que se prohíba esta facultad á los clérigos y á los monjes por una ley, no de sus perseguidores, sino de príncipes cristianos.» (Epist. ad Nepotianum).

Ni uno ni otro hablan de prohibición hecha á las mujeres, sino de prohibición en general, el primero de recibir herencias y el segundo de adquirir.

(153) «Leyes 22 y 29, Cód., de Episc. et cleric.»

Que se abusaba en este sentido es cosa que no puede ponerse en duda.

«No siempre se mostró la piedad cuerda en punto á donaciones á la Iglesia, pues llegó hasta á desheredar á parientes menesterosos para asegurarse las oraciones de los eclesiásticos.

«Un pagano y un cristiano piadoso convienen en ello. Zozimo 8. 11 y 12, llama á los clérigos: «Homines parum reipublicæ utiles: qui dum omnia se cum pauperibus communicare dicunt plerosque ad paupertatem redigunt.» J. Prudencio.

«Successor ex hæres genist sanctis egenis parentibus hæc occultantur abditis ecclesiarum in angulis, et summa pietas creditur nudare dulces liberos.» P. Stephan.

«Tan notable se hizo el abuso, que Valentiniano prohibió al clero recibir mandas de las mujeres, y luego se le vedó admitir herencias, lo cual indujo á San Jerónimo á decir que ele afligía no la disposición sino que hubiera sido merecida.»

Cantú, *Hist. Univ.*, lib. 7, cap. 19.

Y San Agustín decía:

«Quicumque vult exheredat filio facere ecclesiam heredem querat alterum qui suscipiat quam Agustinum, imò Deo propicio non inveniet.» Serm. 365 de vita clericorum.

(154) «Hæredipetas. Así les llamó San Buenaventura, Epist. ad provinciales.

(155) «Nec de lege con queror sed doleo quod meruimus hanc legem.» San Jerónimo, Epist. ad Nepotianum.

(156) «Nobis etiam private successionebus emolumenta recentibus legibus denegantur et nemo conqueritur.» San Ambrosio, Epist. 31.



Desde Zenon hasta Leon el Isaurio legislaron los emperadores no tan solo en materias disciplinares sino sobre el dogma, sin que intentara oponerse: en cambio introdujo ella en el gobierno principios altamente perjudiciales para la sociedad civil. El resultado de esta doble invasion de atribuciones fué que el imperio desprestigió á la Iglesia y que la Iglesia enervó al imperio. Necesitó este de aquella para sostener el despotismo y aquella de este para dominar las conciencias. Imposibilitados de vivir por sí solos tanto el uno como la otra, tuvieron que apoyarse mutuamente y juntos perecieron á manos de los turcos.

En Occidente supo el gobierno oponerse á las intrusiones de la Iglesia y esta á las del gobierno. Tuvo menos privilegios, pero mas libertad y una existencia independiente, que unida á su preponderancia en los municipios, le dió la fuerza necesaria para sobrevivir á la invasion.

Como casi todos los bárbaros eran cristianos, vió, si no con alegría, al menos con indiferencia la caída del imperio, á que tanto habia contribuido, y abandonándolo á su suerte, acometió la empresa de dominar á los nuevos dominadores. Si en un principio la creyó fácil, al ver á Alarico respetar las iglesias en el saqueo de Roma, y á Atila retroceder á instancias de San Leon, no tardó en echar de menos al imperio cuando alejado del poder por los arrianos tuvo que sufrir las persecuciones de Genserico y las duras leyes de Eurico y de Autaris. Pero á fuerza de constancia logró atraerse á Teodolinda, Recaredo, Clovis, Edwino y Ethelberto y estender su poderio sobre los longobardos, wisigodos, francos, bretones y sajones, desde el Vesubio hasta el Támesis, y desde el Rhin hasta el Atlas.

Cuando cayó el imperio, tenia muchos bienes en todas las provincias, pero en el repartimiento que hicieron los bárbaros de las tierras entre vencedores y vencidos (157) perdió gran parte de ellos. Por espacio de mucho tiempo no pudo, además, adquirir en varias naciones, y aun en las mismas en que no era perseguida se mostraron poco propicios los conquistadores á que poseyera inmuebles (158). Pero con aquellas conversiones recobró entre los longobardos (159) y otros pueblos sus antiguas propiedades, y en todos la facultad de adquirir, que, así como anteriormente, emanó entonces de las leyes civiles, que fueron tambien las que decretaron el repartimiento, y prohibieron las adquisiciones.

Las liberalidades de los reyes, los legados, las herencias, las compras, los *precarios* (160), las ordenaciones de los ricos (161), la remision de penitencias (162), la costumbre de que testaran los obispos por los que

morian *abintestato* (163), la hicieron en muy poco tiempo dueña de gran parte de los bienes raíces en todas las naciones; tanto mas cuanto que habiendo prohibido la ley civil y despues la eclesiástica (164) si bien por razones diversas, (165) que enagenara, tenia su propiedad constante aumento y ninguna disminucion.

No siempre fueron legitimos los medios de que se valió para conseguirlo. Los cánones y las leyes de la época atestiguan que continuaba habiendo clérigos que inducian á los propietarios á que se desposeyeran de sus bienes en beneficio de la Iglesia, prometiéndoles el reino de los cielos, y que obligaban á los que veian próximo el fin de la vida á que la instituyesen por heredera conminándolos con los eternos suplicios; y escitan á los que así faltaban á sus deberes á no *despojar ni empobrecer* á los fieles ni *perjudicar* á los herederos (166). Las adquisiciones á titulo oneroso, que entonces se generalizaron, bastan á demostrar que se abusaba. Si con arreglo á los buenos principios debe la Iglesia destinar al socorro de los pobres todo lo que escada de lo necesario para el sostenimiento del culto y sus ministros, no se concibe que sin desconocerlos pueda gastar los sobrantes en comprar bienes. Cuando tenia para hacer compras es evidente que le sobraba, y ni podia desear mas sin avaricia, ni invertir ese esceso en ellas sin despojar de él á los pobres. Frecuentes eran tambien las fundaciones en que la especulacion entraba por mas que la piedad; en cambio de los bienes solian exigir los fundadores parte de las obligaciones ó crecidas rentas que la Iglesia no hallaba inconveniente en dar por tal de ser propietaria.

No puede negarse que el trastorno universal producido por los bárbaros tuvo gran parte en la relajacion de las costumbres del clero desde que Alarico tomó á Roma, hasta que Carlo-Magno contuvo á un mismo tiempo la invasion germánica y la de los árabes; pero allí donde el mal se hizo mas sensible se descubre desde luego la perniciosa influencia de las adquisiciones de inmuebles y de las escesivas riquezas de la Iglesia.

Convertidos los obispos en propietarios tuvieron que dejar el báculo por la espada para seguir á los reyes á la guerra y rechazar las usurpaciones de los señores vecinos. Equivaliendo los obispados, las abadías y hasta los curatos, instituidos ya los beneficios, á pingües patrimonios fueron ambicionados por los seglares que corrian á ellos no para hacer vida buena sino para darse buena vida, y el premio que los reyes daban á sus favoritos y servidores. Así no era extraño ver arzobispos que aun no habian salido de la infancia (167), caudillos que dejaban el casco por la mitra, y abades que ni se tomaban siquiera el trabajo de profesar (168).

Siguiendo aquellos prelados con sus costumbres del

(157) Los borgoñones tomaron las dos terceras partes de las tierras y la mitad de los bosques y prados. «(Lex Burgundiorum, tit. 35.)» Los herulos la tercera parte (Procopio, de «belli gothico.» Lib. 1, cap. 1.) Los lombardos no se reservaron mas que la tercera parte de los frutos «(Muratori, Dissert. med. ævi. 1.)» Los anglo sajones y los vándalos se apropiaron todo el terreno. Los ostrogodos la tercera parte. Finalmente, los wisigodos las dos terceras partes «(Fuero Juzgo, Ley 8, tit. 1.º, Lib. 10.)»

(158) Así vemos que Odoacre le prohibió que los enagenara «para que no tuviera precision de esplotar nuevamente la caridad de los fieles.» Jornandes, «De Gothorum origine et rebus gestis, 37.»

(159) Cautú, «Hist. Univ.» Lib. 8, cap. 8.

(160) Por ellos daba la Iglesia á los que le trasferian la propiedad de inmuebles las rentas de estos y otro tanto mas de las suyas, vitaliciamente. Escelente negocio para los que no estaban bien con sus herederos, pero mejor aun para la Iglesia.

(161) Se hizo costumbre que los que recibian las órdenes hicieran donacion de sus bienes á la Iglesia. Los concilios, y entre otros, el 2.º de Chalons, can. 7, prohibieron á los clérigos atraer con tal fin á los ricos.

(162) Puede formarse idea de lo que acerca de esto sucederia por lo que dice San Pedro Damiano, Lib. 4.º Epist. 12; «Si los penitentes nos dan heredades disminuimos las penitencias con arreglo á su valor.»

(163) Generalizada en Inglaterra, Italia y Francia.

(164) Antes que la ley eclesiástica estableciera la prohibicion la decretaron el emperador Leon en Oriente «(Ley 14, Cod. de Sacros. eccl.)» y Odoacre en Occidente «(Jornandes, De Gothorum origine et rebus gestis, 37.)»

(165) Aquella se fundaba en la conveniencia de evitar que la Iglesia aumentase su propiedad, (Nota 158) y esta en la de precaver que la disminuyese.

(166) Concilio de Chalons de 815, can. 6.

«Capitulares de Carlo Magno, 2.º de 811: «Han renunciado al mundo aquellos que diariamente intentan por todos los medios aumentar su patrimonio prometiéndolo el reino de los cielos, amenazando con los suplicios del infierno, y despojando en nombre de Dios ó de los santos al rico y al pobre? Ellos desheredan á los herederos y los impulsan, arrojándolos á la miseria, á las malas acciones y hasta á los crímenes, porque para los infelices á quienes se priva de los bienes paternos el robo y el crimen llegan á ser una necesidad.»

(167) Como Hugo de Vermandois que obtuvo el arzobispado de Reims á la edad de cinco años.

Verdad es que Benito IX fué papa á los doce años y Juan XII á los diez y ocho.

(168) «Vemos en los conventos abades legos con sus familias y perros.» Concilio de Soissons de 909.



siglo, dividían el tiempo entre la corte y la caza, sin acordarse de las diócesis mas que para sacar de ellas los medios de subvenir á los gastos del fastuoso lujo en que vivían (169). Cuando no les bastaban las rentas vendían los cargos eclesiásticos (170), ó se apropiaban las del clero (171), y si necesitaban mas, despojaban á sus vasallos (172). Frecuentemente acudían á las armas para decidir las cuestiones de jurisdicción (173), y nunca dejaban de tomar parte en las discordias civiles.

Abandonados á sus inclinaciones y con tales ejemplos, se encenagaban los clérigos en los vicios (174), y sumían en la ignorancia. Los concilios les prevenían que no llevasen armas, que no frecuentaran las tabernas, que no vendieran vino en los templos, que no usaran pesos ni medidas falsas, que no faltasen á la castidad, que no jugaran, que no anduvieran de pueblo en pueblo comerciando, que no dejasen sus iglesias por la caza, que no arrancaran dones á los penitentes, que no tuvieran orgías, que vistiesen con decencia, y censuraban que hubiese párrocos que ignoraran hasta el credo (175); pero la frecuencia con que lo hacían demuestra lo poco que adelantaban.

Igual relajación se observaba en las costumbres de los regulares, y aun en las de los mismos pontífices. Basta recordar el ejemplo de Sabino que invertía los tesoros de la Iglesia de Roma en comprar grano en los años de abundancia para venderlo á altos precios en épocas de hambre (176).

### XIII.

Las riquezas y la corrupción del clero, crecieron desmedidamente en tiempo de Carlo-Magno.

Comprendiendo que era un excelente auxiliar para consolidar su dominación en los países que conquistaba,

(169) «Donde llegan visten las paredes de colgaduras de gran precio. Estienden sobre los asientos grandes alfombras con imágenes de monstruos, su lecho cuesta mas que el tabernáculo y le supera en magnificencia. Como las cosas del país les parecen miserables no hacen uso mas que de artículos extranjeros de gran precio.»

«Me siento poseído de dolor al enumerar estas vanidades que mueven á risa, pero una risa que trae lágrimas en vista de esos prodigios de altanería y locura y de esos ornamentos episcopales resplandecientes de pedrería y oro.»

Pedro Damiano, op., 3, 4, c. 69.

(170) La simonía llegaba á tal extremo que todos los puestos desde el mas alto hasta el mas bajo se compraban con dinero.» Andrés de Vallombr. Ap. Pur. de S. Ariald. 2, 3.

(171) Era muy frecuente que considerando como suyas todas las de la Iglesia las invirtiesen en provecho propio.

El concilio de Carpentras prohíbe á los obispos usurpar las rentas de las parroquias. Los de Orleans de 558, Toledo de 665 y Braga de 572 contienen disposiciones encaminadas á evitar esa usurpación.

A tal punto llegó el mal, que apurada la paciencia de los clérigos formaron hermandades y ligas para oponerse á las arbitrariedades episcopales. Los concilios de Orleans de 558, c. 21, y de Reims de 625, c. 2, los escitan á que no persistan en tales conjuraciones.

(172) Lo que no era lo menos ordinario. Segun Gregorio de Tours (8, 59) el obispo de Mans, Bodegisilo, «no dejaba pasar día sin apropiarse alguna cosa de sus vasallos.»

(173) El obispo de Hildesheim y el abad de Fulda, ventilaron así su mejor derecho al señorío jurisdiccional en cierta porción de territorio.

(174) «Corriendo los eclesiásticos por aquellos alrededores con gabitanes y perros no se encontraba un sacerdote en su Iglesia. Unos tenían tabernas, otros eran usureros: todos pasaban escandalosamente su tiempo y vida en union de prostitutas.» Andrés de Valloms. Ap. Pur. de S. Ariald. 2, 3.

(175) Al que reunió en Verona el arzobispo de aquella diócesis, Rather, concurrieron presbíteros que no lo sabían; lo que no admira si se tiene en cuenta que Hincmaro de Reims, Erardo de Thours y Riculfo de Soissons tuvieron que enseñar á su clero á rezar el *Gloria* el *Sanctus* y el *Kyrie eleison*, segun refiere el primero.

(176) Cantú, Hist. Univ., lib. 8, cap. 17.

procuró este atraérselo, y lo colmó de dones (177), hizo obligatorio el diezmo (178), y para que todas las iglesias fuesen propietarias, señaló á cada una 24 yugadas de tierras de labor (179).

Desde el Elba hasta el Ebro y desde el Océano hasta el Adriático, impuso el cristianismo con la espada (180), y como contribucion de guerra á todos los vencidos los terrenos necesarios para aquellas dotaciones (181).

### XIV.

La Iglesia consiguió entonces poseer, no ya bienes sino Estados.

La soberanía temporal figura entre las causas determinantes del poderio que desplegó el papado á contar desde Gregorio VII.

En contradicción con las máximas evangélicas, y trastornando los principios fundamentales del derecho de gentes, quisieron los papas hacerse superiores en el orden temporal á todas las potestades de la tierra (182). La autoridad real, única que reconocían, era, segun aquel, emanación de la pontificia, así como la luz de la luna no es otra cosa que el reflejo de la del sol (183). Cuando Jesucristo no habia querido que San Pedro hiciese uso de la espada, se atribuyó Bonifacio VIII dos, una de las cuales daba á los reyes y con ella la potestad de gobernar á los pueblos, que ante todo, debían obedecer al Papa (184). De tales premisas, dedujeron que estaba en sus atribuciones dar y quitar reinos é imponer jefes á los Estados, y no se limitaron á hacer la deducción; entre otros muchos casos que pudieran citarse, Martino V dió Aragon y Cataluña al conde de Valois, y él, Gregorio VII, Inocencio III é Inocencio IV, destituyeron á Pedro III, Enrique IV, Juan sin Tierra y Federico II. Las excomuniones, los entredichos, la escitación á otros reyes para que les hicieran la guerra, la relevación del juramento de fidelidad á los súbditos, eran los medios de que se valían para conseguir este último resultado. Tuvieron también el derecho de juzgar á los principes, decidir las cuestiones internacionales, romper los tratados y dictar la ley en la sucesión á los tronos con las legitimaciones y dispensas matrimoniales, haciéndose arbitros de la suerte de los pueblos.

Al mismo tiempo alcanzaron grandes ventajas materiales. Oponiéndose á que los obispos recibieran de

(177) Fundó tantos conventos como días tiene el año. Solo en Aquitania estableció 12. A la iglesia de San Martín de Tours dió 48 alquerías, y á la de Lyon el derecho de recobrar todos los bienes que de antiguo tuvo.

(178) Capitulares, partibus saxonie, 4.

(179) Capitulares, partibus saxonie, 15: «De minoribus capitulis consenserunt omnes ad unamquamque Ecclesiam curtem et duos mansos pagenses ad ecclesi recurrentes condonerent.»

Cada manso tenia doce yugadas, segun el capitular de Ludovico Pio de 824.

(180) «Nada puede justificar el difundir la verdad con ayuda de la espada, y la memoria de Carlo Magno permanecerá siempre manchada con los crímenes á que recurrió para propagar la religion y la civilización.» Cantú, Hist. Univ., 9, cap. 15.

(181) Capitulares, partibus saxonie, 1.

(182) «Agite nunc quæso, patres et principes sanctissimi,» decía Gregorio VII en el concilio que reunió en Roma con ocasión de sus desavenencias con Enrique IV, «ut omnis mundus intelligat et cognoscat quia si potestatis in cælo ligare et solvere, potestatis in terra, imperia, regna, ducatus, comitatus, et omnium hominum possessiones pro meritis tollere unicuique et concedere.» Nat. Alej. Dissert. Eccl. sec. 11 y 12.

«Scire te volumus, escribía Bonifacio VIII á Felipe el Hermoso, quod in spiritualibus et temporalibus nobis subes.» Turrentin. Hist. Ecclesiast.

(183) Gregorio VII, Epist. 2, 15.

(184) En la bula *Unam Sanctam*, Extravag. comm., libro primero de *Majoritate et obedientia*.

Declaró en ella artículo de fé que toda criatura humana se hallaba sometida al Papa, y por lo tanto obligada á obedecerlo antes que á ninguna otra potestad.



los monarcas la investidura de feudatarios, y declarándose sus únicos jefes en lo temporal, llegaron á ser, aun cuando no pacíficamente, ni por mucho tiempo, los verdaderos soberanos de estensos dominios en todas las naciones; algunas como Hungría, Dalmacia, Rusia y Sicilia, se convirtieron en sus feudos; y no faltaron reyes que los instituyeran por herederos de sus Estados (185). Tenían además á contribucion á las naciones, al clero y al pueblo cristiano: Polonia, Dinamarca, Inglaterra, Nápoles, Aragón y Portugal les pagaban tributo; las annatas, medias annatas, quinquenios, mesadas y *servitia minuta*, siempre en aumento con los mandatos, prevenciones y reservas, y los espolios y las vacantes, llevaban á las arcas pontificias una buena porcion de las rentas del clero; y la venta de indulgencias, y los derechos de los negocios, para cuyo despacho era necesario acudir á Roma, equivalían para los papas á inagotables tesoros.

Pero las consecuencias fueron lamentables. La inteligencia, los reyes y los pueblos se rebelaron á un tiempo mismo contra aquel poder, y la reforma, la lucha del sacerdocio y el imperio, y la desconfianza general en la corte romana, hicieron á esta moderar sus propósitos.

### XV.

De suponer es que no saldrian mejor libradas las atribuciones de la potestad temporal sobre los bienes eclesiásticos. Al confirmar las donaciones de inmuebles hechas á la Iglesia, prohibían los papas disponer de ellos á los Gobiernos (186); apoyaban la resistencia de los clérigos al pago de tributos reales, y combatían con todas sus fuerzas las leyes de amortizacion.

No hay que confundir estas disposiciones que la Iglesia no aceptó como suyas, y que, referentes en su mayor parte á casos determinados, no constituyeron nunca regla general, con la legislación eclesiástica, que reconoce las facultades de la autoridad civil. Pero, así y todo, tuvieron gran influencia en el aumento de las adquisiciones, que habían continuado en gran escala despues de Carlo-Magno.

Ya en el siglo xii, inspiraba la amortizacion serios temores, y en los sucesivos se hizo dueña la Iglesia de la mejor parte de los inmuebles en todas las naciones.

La corrupcion siguió en razon directa de las riquezas; la historia nos dice lo que fué el clero feudal, y los Concilios de Constanza, Basilea y Trento, lo que continuó siendo antes y despues del cisma de Occidente.

RICARDO CHACON.

## LA PINTURA EN ESPAÑA

DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV.

### I.

Al principiar el reinado de Felipe IV, España había entrado ya en el periodo de su decadencia moral y política. El espíritu guerrero de Carlos V, extendiendo sus conquistas de uno á otro extremo del globo; el ta-

(183) Como la condesa Matilde y D. Alonso I.

(186) Un breve de Gregorio VII de 1085, confirmatorio de varias donaciones hechas al monasterio de Sahagun y dirigido al abad decia:

*«Itaque ad perpetuam quietatem et securitatem profecto monasterio tuo juxta petitionem tuam et memorari Regis hujusmodi privilegia indulgemus, concedimus atque firmamus, statuentes nullum regum, vel imperatorem, antistitem nullum, vel quendam alium audere de his qui eidem venerabile loco á quibuslibet hominibus de proprio jure jam donata sunt, vel in futurum, Deo miserante collata fuerint, sub cujuslibet causa, occasioneve, specie minuere, vel auferre sivi suis usibus applicare vel aliis quasi piis de causis pro sue avaritie excusatione concedere»*  
Anónimo de Sahagun.

lento y la sagacidad de Felipe II, que consideró como un religioso deber la conservacion de los Estados que le había legado su padre, no eran ya cualidades propias de los sucesores de aquellos soberanos, cuya gloria parecía destinada á no perecer nunca. La sangre y los infinitos tesoros derramados, y las gigantescas luchas que se habían sucedido una á otra sin agotar las fuerzas y los recursos de España en el siglo xvi, han sido fatales para la posteridad, y debía ser el principal motivo de la decadencia de España, cuando tomara las riendas del gobierno un rey, que no fuera Carlos V, ni Felipe II. En medio de los sufrimientos de la enfermedad que debía conducirle al sepulcro, comprendía Felipe II cuál sería la suerte de España, cuando al contemplar al príncipe que debía sucederle, se quejaba de que Dios que le había dado tantos Estados, no le hubiese concedido un hijo capaz de gobernarlos. Débil fué la gloria que como rey alcanzó Felipe III, y su reinado de veinte años puede considerarse como la transición de una época á otra época muy distinta. Mientras la importancia de las demás naciones aumentaba, España perdía una y otra de sus provincias, se sublevaban sus pueblos, y se quejaban los vasallos; el rey y los magnates creían aun en el poder de España, las sublevaciones era para ellos nuevas conquistas, las guerras siempre gloriosas, aun cuando terminaban con una paz triste y vergonzosa. La corte de Felipe IV, la formaban poetas y pintores, un ministro favorito llevaba el peso del Estado, mientras el rey se entregaba al goce de sus placeres, y los estudios de los pintores, los bastidores de su teatro y el lujo de sus damas, ocupaban las horas que Felipe II hubiera dedicado á la intriga política, á las combinaciones diplomáticas y á hacer sentir en todo el globo el peso de su poderosa voluntad. Felipe IV halló reunidos en su corte todos los recursos, todos los medios de la época y los productos de dos grandes generaciones y de un siglo de gloria, habían formado una generacion enteramente nueva, con nuevas ideas y nuevas inclinaciones; una generacion que sentía y pensaba como su rey, menos los que eran víctimas de los desastres del mal gobierno y vivían demasiado alejados para participar de los goces de aquella festiva y alegre corte. Los palacios del rey guardaban ya en sus galerías todas las obras del arte que nacionales y extranjeros habían dejado como tributo durante los reinados anteriores, y los magnates de la corte, no menos aficionados que el rey, levantaban y construían también magníficos palacios, adquiriendo para sus galerías las obras que habían admirado en Roma, en Florencia y en Nápoles, y que habían trocado con los tesoros que traían al volver de sus embajadas y vireinatos. Las costumbres de los países que habían gobernado, ó en donde pelearan mas de una vez sus padres, ejercía también su influencia en la vida y en los hábitos de unas familias que la gloria había encumbrado, y para los cuales no tenían ya atractivos las aventuras de las batallas, y una vida activa y guerrera. Sus bibliotecas no estaban menos provistas que sus galerías, y los que no eran poetas ni pintaban cuadros, tenían en su casa y dispensaban toda clase de distinciones y honores, á los que animaban sus mesas y á los que alhagaban sus gustos é inclinaciones. Los artistas encontraban fáciles y seguros protectores; para ellos estaban abiertas todas las puertas, y desde su estudio pasaban á la casa del grande, y de allí al real palacio, donde eran colmados de honores y eran elevados á las mayores dignidades. Los poetas y los pintores todos, acudían á Madrid, y formaron entonces de aquella capital, un verdadero emporio de las artes, donde no había ni celos, ni luchas indignas como en Nápoles, ni escenas de terror como entre los artistas de Venecia. De esta manera llegó á ser esta época, la verdadera época del arte en España, y el reinado de Felipe IV, siempre desastroso para los pueblos, fuese el mas glorioso para las bellas artes españolas.



## II.

El cultivo de las bellas artes había empezado principalmente en el reinado del emperador Carlos V, y había aumentado á medida que aumentaba también la importancia y la grandeza de la nación. Las guerras de Italia, Flandes y Alemania, estrecharon las relaciones de estos países con España, los embajadores, los vireyes y los gobernadores eran un lazo de union entre países que se comunicaban mutuamente sus adelantos y su civilizacion; Flandes é Italia sobre todo, pues acababa de pasar aquella edad de oro, con sus ciudades llenas de esplendorosas riquezas, con Florencia, Roma y Venecia, que habían reunido y acumulado durante la edad media en el palacio de los Pitti, en el Vaticano y en los palacios del Dux, todas las maravillas que son aun asombro del arte. Nuestros artistas dejaban á España para estudiar en aquellos países estilos desconocidos, y para adquirir allí mismo su nombre y un puesto distinguido en las artes. Así, Alonso Berruguete era conocido como un gran pintor y escultor en Florencia, mientras Pedro Graccone adquirió una reputacion considerable en Nápoles, y otro español conocido por Giovanni de Spagna, era considerado como el mejor colorante en la escuela de su maestro el Perugino. En Roma, sobre todo, la influencia española hasta naturalizaba allí los pintores que acudían de España, y hallaban siempre segura y decidida proteccion lo mismo que en Nápoles, en Venecia y Milan.

Mientras tanto, los artistas italianos y flamencos venían también á España en busca de gloria y fortuna; el Florentino y P. Forrigiano, dejaron, principalmente en Sevilla, monumentos como el del cardenal arzobispo Diego de Mendoza, y modelados como la estatua de San Gerónimo, que se conserva aun en el museo de aquella ciudad como notable obra de arte. Julio y Alejandro, introducían y enseñaban la pintura al fresco, mientras Juan de Boz, Vermeyen, Campaña y Frutet, pintaban para las iglesias y los conventos alegorias mitológicas y las leyendas de santos, en cuadros, de estilo flamenco, que aun adornan nuestros museos. La afición á las bellas artes empezaba ya á ser general en España, el clero, sobre todo, fué desde entonces su primer protector, dando alientos al artista que empezaba, y empleando sus riquezas en comprar las producciones que adquirían en las iglesias y las grandes catedrales, para avivar con ellas la fé del pueblo. Alonso Berruguete, á su regreso de Italia, fué quizás el primer artista que debió á la generosidad y á la proteccion de los obispos y de los conventos, que su fama se extendiera por toda España, y que en Salamanca, Valencia y en Toledo, dejara producciones admirables que llamaron la atencion del emperador Carlos V, y le conquistaban el dictado de Miguel Angel de España. También Carlos V estimaba las artes y los artistas, y en medio de los sueños de su dominacion, entre el ruido de las batallas, entre la agitacion de la política y la inquietud de las conquistas, tuvo siempre á su lado al célebre Ticiano, á quien amaba y veneraba como superior á todos los príncipes de la tierra, «porque, decia, hay muchos príncipes, pero solo existe un Ticiano (1).» El gran artista colmado de favores, y venerado por el príncipe mas poderoso de la tierra, reproducía admirablemente su figura en todas las escenas gloriosas de su vida. Los retratos del emperador que ha legado á la posteridad, son una verdadera historia, y al paso que la posteridad ha admirado en ellos el talento del artista, ha podido seguir con admiracion la vida de su protector, desde los primeros años que ceñía en sus sienes la diadema imperial, hasta que la melancolía y la tristeza le condujo á las solitarias llanuras de Estremadura para encerrar los recuerdos de su agitada vida en una celda del monasterio de San Yuste.

(1) Sterling Annals of the artists of Spain.

Felipe II, á pesar de su carácter austero y taciturno, fué también amante y protector de las bellas artes. La fundacion del Escorial y la construccion de este edificio que recuerda un dia y una batalla de celebrada gloria, fué una idea á la cual pagó tributo esclusivo Felipe II, y era su pensamiento favorito, el sentimiento único acaso de ternura de su endurecido corazón, para cuya realizacion invocó la ayuda del cielo y empleó todos los recursos de la tierra. No hubo pintor que no fuese llamado al Escorial á depositar el óvulo de su inspiracion en aquel edificio, simbolo del poder y gloria de España; los frescos de las paredes y de los techos, los altares, las capillas y los retablos son producciones diversas de los artistas, principalmente italianos; que traían á España los adelantos de su arte, y formaban en aquel suntuoso monasterio, un verdadero museo de estudio para los artistas españoles. Y no solo fué allí donde dejaron las muestras de su inspiracion y las producciones del arte italiano, algunos de ellos como Cambiaso, Tibaldi, y principalmente Carducho, fijaron su residencia en España, abrieron escuelas, y á la vez que comunicaban á sus discipulos las creaciones de su genio, eran buscadas y pedidas sus obras por todos los ámbitos de la península.

Pero no es principalmente extranjera la gloria artística que encierra el Monasterio del Escorial. La escuela de Castilla había llegado á su apogeo en aquella época, y solo los artistas andaluces del reinado de Felipe IV, podían ya disputarles la gloria. Morales, único representante de la escuela de Estremadura, que empezó á comunicar á sus obras la dulzura y la gracia del arte italiano; Sanchez Coello, favorito de Felipe II y pintor de la familia real y Becerra, pintaron con fortuna para el Escorial; Juan Fernandez Navarrete, el Mudo, que vivió amado y querido por todos, y cuyas obras reúnen la severidad del estilo español, con toda la gracia y todos los encantos de las escuelas italianas; dejó casi todos los recuerdos de su vida en el Escorial; y Theotocapoli, el Greco, jefe de una escuela especial, despues de haber pintado su célebre San Mauricio, con gran disgusto de Felipe II, buscó su refugio en el palacio arzobispal de Toledo, donde pintó y acabó el complicado cuadro que representa el entierro del conde de Orgaz. Barroso, discípulo de Becerra, Bartolomé del Río Bermuz, Francisco Lopez, Gerónimo Vazquez, Miguel Rivas, Martínez y Juan Ruiz de Castañeda, sostuvieron la reputacion de su maestro, mientras que Luis Carbajal, Blas del Prado y Pantoja de la Cruz, completaban la brillante pléyada de artistas que florecieron bajo el reinado y la proteccion de Felipe II.

Pero la vieja escuela de Toledo desapareció ya en tiempo de Felipe III, todos los artistas abandonaban á la ciudad imperial para seguir á la corte en Valladolid y en Madrid. Juan Bautista Mayno y el célebre Tristán, los dos discípulos del Greco, fueron los únicos que sostuvieron el honor y la gloria de aquella escuela. Mayno dejó bellísimas pinturas en el salon principal del palacio del Buen Retiro, y la célebre alegoría que pintó en el teatro representando la «sumision de una provincia de Hacedes,» mereció que Palomino la llamase «cosa verdaderamente estupenda y maravillosa (1),» y que Cea Bermudez, mas tarde, comparase á su autor con Pablo Veronese. Tristán hubiera podido ser comparado con el Greco y el Mudo si hubiese sido mas afortunado en el dibujo, que en algunos cuadros hasta destruye el buen efecto de los tonos y la feliz armonía de la composicion. El Escorial y el Pardo, que reedificó casi en su totalidad Felipe III, despues del gran incendio del año de 1604, ocuparon á los demás artistas castellanos, como Caxes, Bartolomé Gonzalez, Cárdenas, Felipe de Liano, Pedro de las Cuevas; mientras el cartujo Sanchez Cotau, lejos de la corte iba de

(1) Palomino, tomò 3.º



convento en convento dejando las producciones de su talento, y Crescenzi era llamado expresamente y venia de Italia para construir el célebre panteon de los reyes, capilla misteriosa y la mas espléndida del Escorial.

## ESTUDIOS SOBRE LA FABULA.

### ARTÍCULO II.

Volviendo ahora al principal objeto de estos apuntes, es indudable que pues la *Fábula* debió á Fedro el salir ataviada con la métrica galanura de que Esopo la habia privado, esto marca en su historia un progreso que es imposible desconocer, bien que fuesen iguales en el fondo sus tendencias y su carácter. La doctrina era la misma; el modo de espresarla diverso: en Esopo fué aquella *útil*; en Fedro fué *dulce* además (1). Fedro en tanto siguió mirando como condicion indispensable del *Apólogo*, al menos en la generalidad de los casos, el buen humor y la jocosidad; y bajo ese punto de vista, cuya razon originaria esta dada en lo que más arriba se ha dicho, no salió el género del círculo que el mismo Fabulista romano le marcó en los siguientes versos:

*«Duplex libelli dos est, quod risum movet,  
Et quod prudenti vitam consilio monet.»*  
Doble es su objeto, pues moviendo á risa,  
Con prudente consejo al hombre avisa.

De aqui la antigua preocupacion de que la *Fábula*, para ser *Fábula*, haya indispensablemente de hacer reir, ó de excitar la sonrisa al menos.

En esa manera de ver ejerció una influencia decisiva el hombre que en el siglo XVII levantó en Francia á su mayor altura el *Apólogo* ya embellecido en los términos que acabo de indicar; hombre á quien podria llamarse estrella de primera magnitud en el cielo azul de la *Fábula*: tan centellante y viva es su luz, pareciendo débil á su lado la de los otros dos escritores que con tanta justicia son el orgullo de Grecia y Roma en el género que me ocupa. Esopo en este fué el gran prosador; Fedro el versificador elegante; La Fontaine su gran poeta.

No habia este nacido esclavo, ni despues de hecho liberto hábiase visto precisado á erigirse en cortesano para solo cambiar de servidumbre, como sus dos referidos predecesores. El *Apólogo* en consecuencia no era ya ni debia ser en sus manos un mero disfraz del temor, del sufrimiento ó de la amargura, como antes lo habia sido. Doctrinal y moralizador en su esencia, podia serlo sin reserva alguna, ganando el génio del escritor en expansion y espontaneidad todo lo que su alma perdiese en discurrir la mejor manera de velar sus mas íntimos sentimientos. Al decir *sin reserva* alguna, no comprendo ni he podido comprender en esa expresion el olvido de las precauciones que debe adoptar todo el que enseña, en lo tocante á no sublevar el

(1) Y si quiere decirse que la *Fábula* fué ya *dulce* en el mismo Esopo, atendido el natural atractivo inherente al género, en Fedro fué *dulcísima* ó doblemente dulce, considerado el mayor halago que recibió del lenguaje métrico. *Miel sobre hojuelas*, podria yo decir aqui. Por lo demás, no se me oculta que ha habido y hay hombres de talento, á cuyos ojos pierde el *Apólogo*, desde el momento en que se le versifica. El célebre Patru, verbi-gracia, desaprobaba en su amigo La Fontaine su resolucion de escribir *Fábulas* en verso francés, creyendo que el principal adorno del género consistia en no tener adorno ninguno; pero el ejemplo del mismo La Fontaine, ante el cual se ha hecho imposible la definitiva retrogradacion del *Apólogo* á su lenguaje ó prosa primitiva, no obstante el ejemplo de Lessino es á mi manera de ver la mejor contestacion que puede darse á los que hoy piensan como pensaba entonces aquel ilustre abogado del Parlamento de Paris.

amor propio del que le escucha. El lenguaje *ex cathedra* ofende y el hombre se revela naturalmente contra todo el que, ostentando una superioridad real ó afectada, le humilla con lecciones directas. Ese escollo lo ladea la *Fábula* por medio de la Alegoria; pero no lo evita del todo si la destreza del fabulador no viene en su auxilio. Tal fué precisamente la prenda, la gran dote de La Fontaine. Nadie ha contado con mas buena fé, con mas aire de estar persuadido de la verdad de lo que cuenta, que ese inimitable escritor, gloria imperecedera de la Francia y una de las más puras que tiene en lo literario, entre las otras muchas con que se envanece. Raras veces es original en sus asuntos; pero aun cuando le falte ese mérito, el primero que sin duda ambiciona el poeta que aspira al título de inventor ó de creador, sabe de tal manera explotar las ideas fundamentales con que otros escritores le suministran la materia de sus *Apólogos* que consigue apropiárselos completamente, merced á la forma que les da, á los contrastes que en ellos introduce, á la cómica seriedad con que se ocupa en las cosas más fútiles, á la aparente ligereza con que trata las graves y elevadas, á la oportunidad y rapidez con que pasa de un tono á otro, á la fortuna con que sabe explotar el estilo propio de cada cosa, al interés que dá á su narracion, á las imágenes con que la vivifica, y á la gracia, á la candorosa ingenuidad y á los tesoros de poesia que en ella esparce. El arte de contar es por ventura el único en que cabe que cien autores hagan dormir con el mismo asunto que en boca de otro es el embeleso y el encanto de los que le escuchan. Una idea que se anticipe á otra, por muy ligeramente que sea, cuando no deba anticiparse; un pensamiento que se desliza, cuando solo se deba indicar; otro que se indique tan solo, cuando sea oportuno esplanarlo; una frase, una palabra, un rasgo que no ocupen en la narracion el lugar conveniente y preciso, bastan para echar á perder la *Fábula* mejor imaginada en lo que á su argumento concierne. Ese arte no se enseña ni se aprende, ni puede tener otras reglas que las que sugiere el instinto. De aquí que se haya dicho del *Apólogo* que no está sujeto á preceptos, y que La Fontaine producía los suyos del mismo modo que el peral peras (1). Esto no era verdad en rigor, pues al gran fabulista francés le costaban bastante trabajo sus poéticas lucubraciones; pero aun así no puede negarse que fué en sí propio, no en tratado alguno didáctico, donde encontró recursos y medios para contar del modo que contó y para velar diestramente el artificio de sus *Apólogos*, siendo en último resultado escritor originalísimo y verdaderamente creador en la marcha y en los detalles, aun siendo plagario de asuntos.

Consecuencia del sistema seguido por este insigne fabulador debió ser que el *Apólogo* ensanchase, como lo ensanchó con efecto el horizonte de sus dominios. La poesia que en Esopo es nula, si por ella se entiende la métrica, habiase insinuado en Fedro por la versificacion, por locuciones, frases y giros que independientemente del metro eran poesia tambien, y algunas veces por un solo epíteto, cuando no le consentia estenderse más su severo y proverbial laconismo. En La Fontaine se presentó la *Fábula* ataviada con todas las galas de la imaginacion mas brillante, siendo mas lata y mas persuasiva, y atreviéndose á mirar frente á frente á los demás géneros poéticos, sin temor de que ninguno la venciese en frescura ni en lozanía. Bajo ese punto de vista no hay un *mas allá* en el *Apólogo*; pero aun podia explotarse más como composicion literaria de carácter sério, y tambien podian ser otras sus tendencias y aplicaciones. ¿Verificóse lo uno y lo otro? En breve vamos á ver que sí.

Considerada la fisonomía que dió La Fontaine á la *Fábula*, se verá que, con raras excepciones, continuó siendo la propia de

(1) «Comme un prunier des prunes», decia Madame La Sabliere; pero eso no puede traducirse literalmente al castellano sin llamar á La Fontaine ciruelo.



un cuento hijo del buen humor, no pudiendo desconocerse tampoco haber sido el ridículo el arma que ese gran escritor se propuso principalmente manejar, como él mismo lo dice en estos versos:

*Je tache d' y tourner le vice en ridicule,  
Ne pouvant l' attaquer avec des bras d' Hercule.»*  
De energía privado y fuerza brava,  
Sobre el vicio el ridículo descargo,  
Porque no tengo de Hércules la clava.

Entretanto ¿qué motivo fundado podía haber para hacer hablar al Apólogo casi siempre en tono de broma, cuando no hay razón filosófica que le vede ser grave y formal, tierno, triste, patético, trágico, épico, elevado, sublime? ¿Por qué limitarlo tampoco al terreno de la mera verdad moral, ó á dar solo lecciones de prudente y juiciosa conducta en las cosas ordinarias de la vida, pudiendo como puede dar también atinados consejos en otros diferentes sentidos?

Gran respeto merece el precepto de Horacio, relativo á la manera más apropiada de combatir abusos y vicios:

.....«*ridiculum acri  
Fortius ac melius plerumque secat res.»*  
«Con mas acierto y vigor  
Que la severa invectiva,  
Una critica festiva  
Corta el abuso mayor;»

pero claro está que esa sentencia, cuya traduccion es de Iriarte, podrá en todo caso ser de preferente aplicacion á la *Fábula*, cuando esta sea satírica: esto es, cuando efectivamente combata esos abusos y vicios, sin que eso obste á que no siendo así, pueda explotar con éxito cualesquiera otros medios de expresion, si lo hace de un modo oportuno. El estilo familiar y jocoso que, fuera del caso citado, acompaña por lo comun al cuento fabulístico, depende, generalmente hablando, más que de la voluntad del escritor, de la índole del asunto y de la inherente á los interlocutores que en él introduce, los cuales le dan irresistiblemente el tono á que tiene que atemperarse. ¿Quién puede ser sentido ó sublime, á no ser por mera incidencia, ó al deducir la verdad moral, cosa siempre santa de suyo, fabulando con la Olla y con el Caldero, con el Gato y con los Ratones, ó con el Borrico y el Cerdo? Pero podrá hacer hablar en levanteda y magestuosa voz al Leon, por ejemplo, y al Aguila, y á la Encina y al Roble y al Viento, y á otros objetos animados ó inanimados que nada tengan derisibles, sin que de eso se resienta el género, ni falte en manera ninguna á las conveniencias del arte. ¿No es acaso un excelente Apólogo, á pesar de ser grave y filosófico, esta décima de Calderon?

*Cuentan de un sábio, que un día  
Tan pobre y mísero estaba,  
Que solo se sustentaba  
De las yerbas que cojía.  
«Habrà otro entre si decía,  
Mas pobre y triste que yo?»  
Y cuando el rustro volvió,  
Halló la respuesta, viendo  
Que iba otro sábio cojiendo  
Las hojas que él arrojó.*

Y el mismo La Fontaine ¿no tiene composiciones acabadas, tales como La Encina y la Caña, en las cuales campean las dotes serias, con exclusion completa de las festivas? ¿Es por otra parte mejor su celebrado Apólogo de El Cuervo y el Zorro, donde todo es donaire y gracejo, que su notabilísima Fábula titulada La Muerte y el Desgraciado, la cual no excita en los labios de nadie sino á lo sumo una sonrisa amarga? Samaniego ha traducido, ó mas bien imitado las dos: léalas cualquiera, y decida en cuál de ellas es mas poeta, y en cuál cumple mejor su mision ese otro ilustre fabulista con quien tanto se honra á su vez la Literatura española.

Si estas reflexiones son justas, la consecuencia inmediata que de ellas se deduce es que la *Fábula*, cuando es festiva, consti-

tuye muy enhorabuena uno de los varios ramos ó especies en que se divide el género; pero sin ser el género mismo, ó sin absorberlo del todo. Ahora bien: La Fontaine que á tanta altura supo levantar el Apólogo, sobresalió mas en la jovial y en lo misto de sério y cómico, modo peculiarísimo en él, que no en lo constantemente formal, ó dígasmolo así, *solemne*; y de aquí haber dicho yo anteriormente que consiguió erigirse en modelo *sin competidor ni rival*, no en todas las distintas especies que constituyen el género fabulístico, sino solo en algunas de ellas. No quiere decir esto, como bien se vé, que no sea ese poeta en sus *Fábulas* un modelo también en lo sério, cuando les quiere dar ese carácter, sino pura y sencillamente que no entró en su sistema dárselo de un modo sostenido y constante, y que bajo ese punto de vista no agotó el arte de fabular, como lo agotó bajo el otro. Por lo demás, para convencerse de lo extenso y variado del génio que inspiró al fabulista francés, basta leer sus *Animales enfermos de la peste*, verdadera desesperacion de cuantos fabulistas intenten hacer algo de provecho en la armoniosa y no abigarrada mezcla de todos los tonos y estilos; pero aun en esa composicion, la primera tal vez de todas las suyas, es lo cómico lo que en último resultado se presenta como más de relieve, no pareciendo sino que el autor se ha propuesto ser un gran lírico hablando de la epidemia, un gran poeta elegiaco al describir los sufrimientos de los animales moribundos, un tiernísimo Anacreonte al nombrar entre estos á las tortólas, y un épico á la manera de Virgilio al hacer hablar al Leon, sin más objeto que el de que contraste doblemente con esas dotes su irresistible propension á la gracia y á la travesura, como se vé en algunas de las palabras y en el verso de pié quebrado *Le Berger* que el mismo Leon pronuncia, en las que despues le dirige el Zorro, y en las que luego profiere el Asno, donde La Fontaine no es nada de lo que acaba de ser (¿y cómo serlo con estos interlocutores?), sino lo que es ordinariamente: un verdadero Molière del Apólogo, bien que despues le lleve el asunto á ser un como poeta trágico al indicar la catástrofe de que es víctima el animal menos pecador, y un como sesudo filósofo al deducir la reflexion moral que naturalmente se desprende de esa composicion admirable. ¿Podríase aplicar á este autor el *interdum tamen et vocem Comædia tollit* de Horacio? Yo no lo sé; pero tanto en el Apólogo sério, como en las aplicaciones que serio ó no serio es capaz de recibir, podía ese gigante de la *Fábula* tener competidores aun; y en efecto, los ha tenido en ambos conceptos, aunque no en sus trasportes y arranques llenos de genio y de poesia; ó díganlo sinó por ejemplo, Florian entre nuestros vecinos, y entre los españoles Iriarte.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

## EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

de Doña Angela Grassi (1).

—Ved como el accidente mas pequeño de la vida sirve sino para llevar á cabo los misteriosos planes de la Providencia, dijo. Vos habeis contemplado durante dos horas los martirios de esa pobre flor, poetizándolos hasta lo infinito; y la he tronchado, y de este fútil incidente, vá á surgir nuestra amistad y tal vez nuestra recíproca fortuna. ¿Dónde vivís?

Claudio retiró su mano.

—Vuestro padre salvó mi vida, repuso Eugenio sonriendo.

(1) No habiendo podido publicar en el número anterior la parte correspondiente de esta preciosa novela, por los muchos artículos que llevaba, suprimimos hoy la *Revista de Madrid* para darle mayor extension, en lo que creemos complacer á nuestros suscritores; en el próximo irá revista y novela.



si él viviera correría á arrojarme entre sus brazos, ¿me cerrearéis vos los vuestros? sereis tan esquivo, que me cerreis vuestro corazon?

Había tal abandono y tal verdad en estas palabras, que Claudio quiso vencer su orgullo y balbuceó con esfuerzo.

—Vivo en la calle de San Vicente, número 88. En mi casa sereis siempre el bien venido.

Eugenio sacó su reloj.

Claudio clavó en la esfera una mirada angustiosa, y al ver que el horario apuntaba á las nueve, se puso pálido y se levantó sobrecogido.

—¿Os vais? dijo Eugenio.

—¡Sí! exclamó Claudio con angustia.

—¿Entonces voy con vos! no tengo nada que hacer de aquí á las doce!

—¡Oh, no! ahora no!

—¡Ya deshaceis nuestro pacto!....

—No!.... pero había olvidado.... no puedo!....

Eugenio le atrajo cariñosamente hácia sí.

—¡Sed mi amigo, dijo, y sedlo sin reserva!

—¡Mañana... mañana!...

—Está bien... mañana.... pero es tarde... os acompaño y nos separaremos en la puerta.

Ambos echaron á andar. Claudio con una precipitación febril, Eugenio contemplándole con compasivo interés.

A la puerta del Buen Retiro, esperaba al segundo un criado, que tenía del diestro un hermoso caballo andaluz.

—Cuento con vuestra amistad, y os la pido en nombre de vuestro padre, dijo Eugenio estrechando la mano de su nuevo amigo.

—Hasta mañana, respondió este con voz ahogada, y se lanzó en dirección á la calle del Barquillo.

Iba tan deprisa, que su pecho se levantaba á impulso de los latidos de su corazon... gruesas gotas de sudor corrían de su frente...

—¡Es tarde! ¡es tarde! murmuraba en voz baja, y ayer también era tarde... ¡Maldito Retiro que ha de ser mi perdición!

A lo último de la calle del Barquillo, se veía una casa de magnífica apariencia. Claudio se lanzó en el portal y subió de tres en tres los escalones.

Llegó al segundo piso. La puerta estaba entornada, y empujándola bruscamente, atravesó la antesala y un largo corredor, y entró en un gabinete de estudio adornado con sumo lujo.

Sentado delante de un escritorio, encima del cual se veían esparcidos muchos legajos de papeles, se hallaba un hombre de mediana edad envuelto en una bata de terciopelo encarnado, y en cuyos dedos secos y angulosos, brillaban muchos anillos. Estaba escribiendo; su pluma corría rápidamente sobre el papel, y este ruido y el de la péndola, eran los únicos que turbaban el silencio que reinaba, no solo en la estancia, sino en toda la casa.

Sin embargo, al que produjo Claudio al entrar, aquel hombre levantó la cabeza y le miró con irónica sonrisa.

También él era feo; pero su fealdad no estaba embellecida por la bondad del corazon: tenía la frente chata, los ojos hundidos, la nariz puntiaguda y angulosas las mejillas. Su color era cetrino, y la barba negra y espesa daba un tinte mas sombrío á su sombrío semblante. Mezclada á esta espresión torva había una espresión innoble, que revelaba la ausencia de una buena educación y de ideas elevadas y generosas.

En presencia de aquel hombre, el alma se sentía sobrecogida de un repulsivo horror, como el que se experimenta á la vista de un reptil inmundado.

Y no obstante se llamaba D. Pedro de la Gámbara, era un notario acreditado, dueño de la casa en que vivía, y de otras dos situadas en la calle del Arenal. Podía llamársele hombre

rico, aun en Madrid, en donde hay tantos que lo son ó aparentan serlo de una manera fabulosa, y merced á este título tenía su pequeña corte de aduladores, en la cual brillaba como despótico monarca.

También pasaba por agudo ó ingenioso, porque la desvergüenza y la maldad del corazon, permitiéndonos decir cuanto pueda ofender á los demás, pasa en el mundo por agudeza y gracia.

Hablando mal de nuestros amigos, siempre hallaremos eco en cuantos nos rodean, y en general, los graciosos que á trueque de decir un chiste ponen en ridículo á la persona más respetable, suelen ser bien acogidos y aun buscados.

Gámbara hablaba con incisivo sarcasmo, porque la envidia le roía las entrañas. Deseaba labrarse un pedestal sobre los despojos de cuantos valían más que él, y sus chistes siempre esparcían sobre alguna reputación una indeleble mancha calumniosa.

Pero los necios le aplaudían y él contaba cada día con nuevo alborozo los hermosos doblones con que aumentaba su tesoro.

Es verdad que casi todos oran el fruto de los ahorros de la pobre viuda, ó el escaso patrimonio del huérfano desvalido; pero el mundo le quería así, y para él que no tenía mas ídolo que el mundo, ¿á qué tomarse el trabajo de ser honrado y compasivo?

—Después de haber contemplado á Claudio en silencio durante un breve instante, le señaló con el dedo la aguja del reloj, que marchaba con una rapidéz inaudita.

Claudio inclinó la cabeza sobre el pecho, como un reo constricto, y no acertó á balbucear ninguna excusa.

El notario volvió á trazar sus rasgos sobre el papel con mas precipitación que antes, y pareció olvidar la presencia del pobre jóven.

Hubo un intervalo de embarazoso silencio.

Claudio, por fin, después de dar muchas vueltas entre sus manos al sombrero, se acercó tímidamente á la mesa y cogió algunos papeles.

Gámbara levantó la cabeza.

—Estais demás aquí, le dijo con una calma glacial. ¡Esa es la puerta!

Claudio se puso alternativamente pálido y encendido.

—Señor, balbuceó en voz baja: he hecho mal, lo conozco.... Esta mañana tenía calentura...! sentía una imperiosa necesidad de refrescar mi frente con la brisa de la mañana...! Hé ido al Retiro...! Estaba tan hermoso...! ¡Oh! he hecho mal, muy mal, lo conozco: pero os juro no volver á entrar en él.

—Yo no me meto en los negocios ajenos, dijo el notario sin dejar de escribir: yo no soy vuestro padre ni vuestro preceptor. Paseaos todo el día si os acomoda; pero yo necesito un escribiente mas activo, y lo he hallado en mi sobrino. Id con Dios.

Claudio quedó inmóvil, cual si sus piés se hubiesen adherido al pavimento.

Transcurrieron algunos minutos.

—¿Sois sordo? exclamó por fin el notario con tono brutal.

Claudio se dejó caer sobre una silla y prorumpió en sollozos.

—¡Oh! exclamó fuera de sí; ¡mi madre! ¡mis hermanos! ¡mi pobre abuela!

El notario se encogió de hombros y murmuró en voz baja.

—Hace un mes que está aquí mi sobrino, á mesa y mantel, sin hacer nada, y por estas necias considraciones he estado sosteniendo un haragan como vos!

—¡Oh! yo trabajaré! trabajaré! exclamó Claudio con voz suplicante.

—Basta: he dicho que tomeis la puerta.

—Pero esto no es posible! repuso el pobre jóven retorciéndose las manos con desesperación: tienen hambre! nos van á



echar de la casa....! ¡Ocho días! pagadme anticipados ocho días, y prometo trabajar incesantemente, aunque tenga que morir despues!

— Ni ocho días, ni ocho minutos! Es cosa resuelta : id con Dios!

Claudio levantó la cabeza. En sus ojos inundados de lágrimas brillaba un rayo de salvaje cólera

— Pagadme los quince días que van de este mes! exclamó fuera de sí.

El notario depuso la pluma en el tintero, cruzó los brazos sobre el pecho, y fijó en el jóven sus ojillos pardos y burlones.

— ¡Pagaros estos quince días! exclamó con voz chillona. Pero, mentecato! yo soy, por el contrario, quien debería exigir que me resarcierais de los perjuicios causados por vuestra morosidad! Estos últimos tres días no habeis hecho nada mas que emborronar papel! Estas tres copias de testamentos se han de rehacer....! ¡Qué letra tan desigual é ininteligible!

— Estaba enfermo.

— Pues haberse quedado en la cama.

— Y mi familia!

El notario se encojió de hombros.

— ¡Ay dentro de poco, ya no tendré ni una cama donde reclinar la cabeza! exclamó Claudio dolorosamente.

— ¡El hospital es grande! dijo Gámbara sonriendo con desden.

El jóven echó sobre aquel hombre, sórdido y endurecido una mirada de supremo desprecio, y cogiendo su sombrero salió precipitadamente.

— ¡Eh! ¡eh! murmuró el notario entre dientes. Estos sabios del día, lo aprenden todo y no saben nada! Quiere entender de literatura, y aun no sabe ser copista!

Cuando Claudio, ciego de desesperacion, atravesó la antecámara, sintió que una mano cojia la suya y oyó una dulce voz que le decía al oído:

¡Paciencia, hijo mio, paciencia! ¡Dios no abandona jamás! pensad en vuestra familia! tened resignacion!

Claudio miró á la que tan tiernamente le hablaba, y vió á una mujer alta y pálida, cuya fisonomía tenia una espresion de célica dulzura. Era la mujer del notario.

El jóven nunca la habia visto mas que al pasar; pero se sentia atraído hácia ella por una invencible simpatía.

— Tomad, añadió Juana, que así se llamaba, poniendo en la mano del jóven una moneda de plata. Es poco ¡muy poco! ¡pero es cuanto tengo! Os lo doy para vuestra madre, añadió ruborizándose y estrechándole la mano con efusion.

Luego se separó de él rápidamente, y se dirigió á la sala

— ¡Oid, repuso deteniéndose en el umbral, miradme como á una madre... ¡Volved si necesitais consuelos!

Y desapareció.

Claudio se llevó la moneda á los labios con respetuosa veneracion.

— ¡Santa limosna! dijo inundándola de lágrimas, ¡ah, plegue á Dios que algun día pueda devolverse la centuplicada!

Y se lanzó á la calle, estrechando contra el pecho su pequeño tesoro.

Aquel día habia sido muy terrible para el infeliz; pero Dios no abandona á los pobres y á los aflijidos, le habia hecho hallar dos buenos corazones, le habia hecho experimentar dos santas é inefables alegrías.

Llegó á su casa.

A medida que se acercaba á ella, sus mejillas se iban enrojeciendo. ¡Cómo decir á su madre que habia sido despedido, y despedido por su culpa, cuando tanta necesidad tenían de socorro! ¡Cómo decirles, que solo llevaba por única esperanza aquella pequeña moneda de plata, con la cual apenas bastaba para hacer frente á las necesidades del día!

Con el corazón palpitante subió la escalera, y llegó hasta el último piso; la puerta estaba abierta, los pobres no temen á los ladrones.

Y no obstante, aquella reducida casita no ofrecia el aspecto mezquino de los que viven en la escasez. Veíase desplegado por todas partes el lujo del arreglo y la limpieza. Los muebles eran viejos, muy viejos y antiguos; pero no los cubria ni un solo átomo de polvo. Las cortinillas eran bastas; pero blancas como la nieve, y delante del balcón se veían algunas macetas de flores.

Podíase decir que aquella casita estaba adornada con elegancia, porque la elegancia no la constituye el lujo, sino el buen gusto de la colocacion y el esmero de la limpieza.

A pesar de la modestia del mueblaje, respirábase allí cierto bienestar, producido por los milagros de la economía y del arreglo.

Aquella habitacion constaba de dos piecitas y la cocina. La primera era una sala, con alcoba, donde dormían las tres mujeres y estaban siempre estas para hacer labor; la segunda un gabinete que servia de dormitorio á Claudio y á su hermano.

A la sazón, en la primera de estas dos piezas, veíase á una jóven sentada delante del balcón, cosiendo, y junto á ella un tierno adolescente, casi pudiera decirse metido en una jaula, pues estaba sentado y rodeado de tres sillas, sin duda para impedir que se cayera. Detrás de él tenia puesta una almohada, en la cual habia reclinado la cabeza: parecía dormir.

Al contrario de Claudio, el jovencillo tenia un rostro muy bello, aunque pálido y demacrado, y en aquella actitud parecia aun mas hermoso. Pero el infeliz habia sido atacado de un humor escrofuloso desde la niñez, y además de ser jorobado, tenia las rodillas tan endebles que no podia tenerse de pié.

Nicolás no servia para nada, nada mas que para llorar. ¿Por qué habia venido al mundo?

En la silla que tenia delante, habia un lápiz, algunos dibujos y una caja de colores.

Nicolás tenia una verdadera pasion por dibujar; pero carecia absolutamente de maestro, y aun los escasos colores y pinceles que poseía, se los habia regalado su hermano á costa de mil afanes. Además, su pobre cabeza estaba tan débil y su mano tan temblorosa, que á menudo tenia que abandonar su diversion favorita, para recostarse en la almohada. Esto es lo que acababa de sucederle, y por esto dormia ó aparentaba dormir, mientras su hermana cantaba para adormecerle, una cancion tierna y melodiosa. De vez en cuando la jóven levantaba rápidamente los ojos de la labor, miraba á Nicolás con la tierna solicitud de una madre, y casi siempre terminaba su observacion con un suspiro.

— Claudio avanzó de puntillas hasta llegar á su lado.

— Virginia, dijo en voz baja, ¿y nuestra madre?

— Ha salido, respondió la jóven visiblemente turbada, pronto vendrá. ¿Pero cómo has vuelto á estas horas? ¡hay alguna novedad!

Claudio se turbó á su vez.

— ¡Nada! balbuceó, pero sus mejillas se tiñeron de púrpura.

Virginia le cogió la mano.

— ¡Habla! le dijo con voz dulcisima, ya sabes que yo soy fuerte! El niño duerme, la abuelita está allá dentro, ¡dime la verdad!

Angela Grassi.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berengüillo Magdalena, 38 principal.